

Plus Ultra



COMENTANDO LA CARRERA

GOUACHE DE ALONSO.



EL "PADRE" DE LA ARMADA INGLESA



En 1901 celebró el pueblo inglés el milenario de Alfredo el Grande, monarca nacido en Wartage en 849 y muerto en 901. Hijo del rey Ethelwulf y de la reina Osburge, fué educado por el papa León IV, y a los veintidós años subió al trono.

Todo su reinado es una lucha implacable contra los dinamarqueses. A la sazón los mares del norte y hasta las costas mediterráneas, sufrían el poder de los piratas daneses y normandos. Daneses y normandos se aliaron contra los anglosajones, ganándose la batalla de Wilten, y Alfredo tuvo que cederles la parte oriental de sus dominios.

Después, sufriendo derrotas terribles y alcanzando victorias decisivas, afirmó su reino. Su lucha contra el invasor Guthrun, fué tenaz. Invadido el Wessel por los ejércitos de dicho jefe, Alfredo se vió obligado a buscar refugio en los terrenos boscosos de Somerset. Allí, sin dejarse abatir por la desgracia, el gran rey reorganiza sus tropas, y poco a poco, logra batir a Guthrun. Esta victoria material fué reforzada por otra victoria espiritual, pues Alberto catequizó al vencido, quien se hizo católico y se puso a sus órdenes.

Terminada la cruenta lucha, Alberto empezó la organización de sus estados, desarrollando la agricultura, las industrias y el comercio. Es el más probable fundador de la clásica universidad de Oxford. Antes de terminar su reinado tuvo que luchar nuevamente contra los vikings, los terribles piratas, alcanzando un triunfo completo.

Como literato hizo admirables traducciones de obras sacras e históricas.

«El rey Alfredo debe ser considerado, escribe el profesor Oman, en su Historia de Inglaterra, como el padre de la escuadra inglesa. Con el propósito de batir a los buques de los vikings, construyó nuevas naves de guerra de mayor tamaño que las que hasta entonces se habían visto en la Europa Occidental, y tomó las medidas necesarias para que fueran bien manejadas. Alentó a los marinos para que hicieran largos viajes, y dispuso la expedición del capitán Othere, que fué al mar Artico y descubrió el cabo Norte». El primer gran encuentro entre la flota de Alfredo y los daneses, tuvo lugar frente a la costa de Dorset, cerca de Wareham y Swanage. En 876, una gran flota

danesa, mandada por Guthrun, zarpó de la Anglia Oriental, dió la vuelta por la costa meridional y ocupó una lonja de tierra cerca de Wareham. Parte de las fuerzas danesas avanzaron al interior, y se apoderaron de Exeter. Al año siguiente, 877, el rey Alfredo envió sus buques a luchar con el enemigo en Wareham, e impedir el desembarco de nuevas fuerzas, al mismo tiempo que recobraba Exeter. Después de ese éxito, continuó aumentando su escuadra, y durante el reinado de su hijo, cien buques ingleses dominaban el Canal de la Mancha. Las grandes galeras construídas por Alfredo, eran movidas por cuarenta o sesenta remeros. No eran tan buenas como las naves de los vikings para alta mar, pero servían para tenerlos en jaque cerca de las costas. Un detalle interesante en este cuadro, es el referente al método de gobernar los buques, que da luz acerca del supuesto origen de la palabra inglesa «star-board» («steer-board»), de la especie de remo de gobierno que se colocaba al lado derecho.

Así comenzó la formidable talasocracia británica, el imperio de los mares.

¿SUFRE Vd. DEL ESTÓMAGO?

¿No tiene apetito? ¿Digiere con dificultad? ¿Tiene gastritis, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos? Después de las comidas, ¿tiene eructos agrios, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón? ¿Tiene Vd. DISPEPSIA y dolores al vientre, a la espalda, vómitos, diarrea? ¿Se altera con facilidad, está febril, se irrita por la menor causa, está triste, abatido, tiene por las noches sueño agitado? ¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curarle? Tome el famoso STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos y recobrará la salud. Treinta años de fama universal. Venta Farmacias y Droguerías, en frascos grandes y chicos. Pidan folletos a Carlos S. Prats, San Martín número 66, Buenos Aires.



La instantánea y la cinematografía han destruido muchos prejuicios, creando, en cambio, otros de los cuales no es lícito ni oportuno hablar aquí.

Nuestros «sportmen» antepasados, aquellos que abusando de las formidables galeras de felpa gris, de los cuellos extravagantes, de los pantalones amplios y entrabillados y de otras lindezas de la pasada moda se arruinaban en el Derby o Longchamps, no sabían cómo trotar o galopar los caballos.

Perder o ganar su dinero, sin darse cuenta exactamente de la rarísima manera que tiene el noble bruto de mover las patas, entre las cuales se arriesgaba una fortuna, fué el destino de aquellos entusiastas turfistas. Así lo desconocido ejerce siempre en nuestra vida un importante papel.

Para los susodichos carreristas, para los pintores y dibujantes antiguos y para los chiquilines devotos de los caballitos del «Tío Vivo» (ahora se dice «carrousel»), los caballos durante el frenesí de un galope llevaban los cuatro remos en el aire, extendidos como en un desperezo. Y aun puede afirmarse que los poetas creían en tal movimiento. El caballo volaba, nadaba, o cosa por el estilo, todo menos galopar.

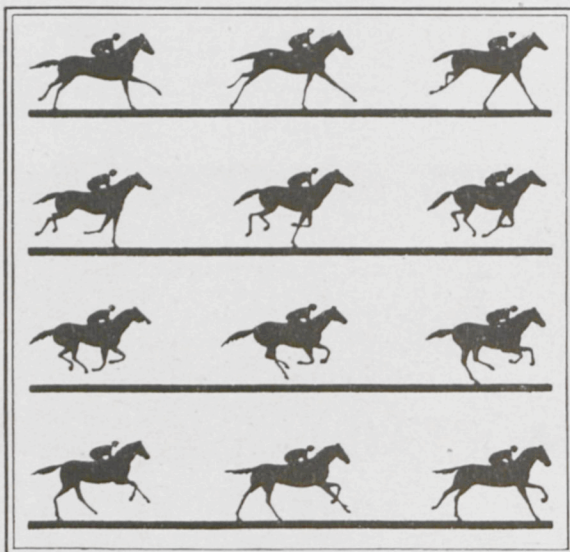
Oíd la hermosa y larga onomatopeya con que Zorrilla describe el galope furibundo del caballo de Alhama el Nazerita. Oídla, y mirad después ese arcaico grabado inglés que parece una fotografía del juego de los caballitos:

«Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje, ganando a saltos locos la tierra desigual, salvando por los brezos y el áspero ramaje a riesgo de la vida de su jinete real. El con entrambas manos le sujetó el rendaje hasta que el duro belfo tocó con el pretal; mas todo en vano: ciego, indómito, al escape, en su carrera loca tendióse el animal. Ya creía que huyendo el camino, del corcel bajo el cóncavo callo, galopaba sobre un torbellino

CÓMO CORREN LOS CABALLOS



EL GALOPE, SEGÚN LOS DIBUJANTES ANTIGUOS.



EL VERDADERO GALOPE, SEGÚN LA CINEMATOGRAFÍA.

mantenido en su impulso no más. Ya creía que el negro caballo, por la ardiente nariz y los ojos despidiendo meteoros rojos, rastro impuro dejaba detrás.»

Hay en esos versos palabras que confirman la afirmación de que los vates no supieron adivinar una cosa que ahora se nos manifiesta tan clara por medio de la fotografía extrarrápida.

Meissonier, el gran pintor de los cuadros diminutos, con su mirada de águila supo adelantarse a su época. Y, observando pacientemente, mientras fumaba su pipa, llegó a la maravillosa adivinación del verdadero galope del caballo. Las cargas de coraceros, dragones y husares napoleónicos que él fijó para siempre en telas que no alcanzan a sobrepasar las medidas de un cuadro, son prodigios de clarividencia artística. Toda su laboriosa vida

tuvo por ideal casi exclusivo la pintura del caballo a la carrera. Y para estudiarlo mejor, dicen que hubo de idear un ingenioso ardid: seguir en un tren el galope del noble bruto, procurándose así bocetos rápidos que solucionaran el problema. No se sabe si llegó a poner en práctica tal recurso; lo único notorio es que sus caballos galopan verdaderamente, en actitudes extrañas. Compárense sus cuadros con las siluetas que reproducimos.

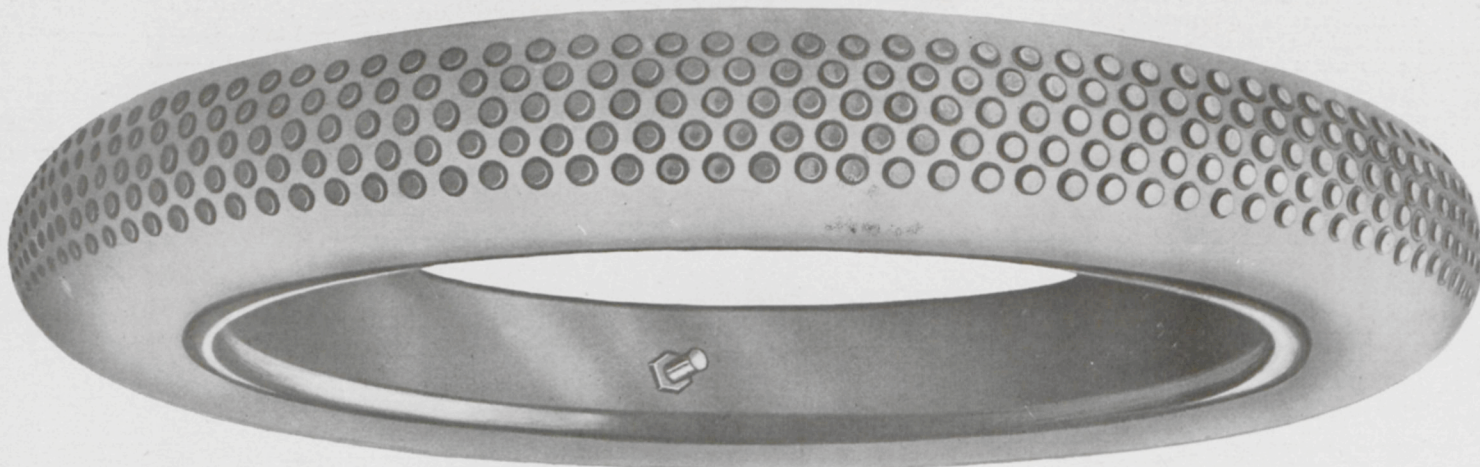
Descubiertos los movimientos del caballo, merced a la cronofotografía, ya es fácil reproducirlos en cuadros y fotografados.

Pero, sin embargo, la mayoría del vulgo seguirá imaginándose que los alazanes, tordillos, zainos, etc., corren como los inofensivos caballitos del «carrousel» o los maléficos caballitos de las playas veraniegas. Pedidle a un niño que os dibuje la figura de un potro galopante. Sin duda, imitará el modelo antiguo, el del caballo tendido sobre el aire, como un Pegaso que vuela sin alas, o como un tritón que nada sin aletas.

El prejuicio artístico está hecho a prueba de bomba y de fotografías instantáneas.

PNEUMATICOS DUNLOP

Recomendamos el uso de las cubiertas ANTIDERAPANT
DUNLOP, con clavos de acero, porque con ellas se consigue
SEGURIDAD MAXIMA Y PATINAJE MINIMO



542, PASEO COLON, 544

Metropol Bazar

F. STAROPOLSKI

U.T. 2432, Libertad.

Casa Argentina

340, Carlos Pellegrini - Buenos Aires

LA ÚNICA CASA ESPECIAL
EN ADORNOS Y FANTASÍAS DE
BUEN GUSTO A PRECIOS MÓDICOS



UNA PARTE DEL INTERIOR.

HAN LLEGADO NOVEDADES DE LA CHINA

IMPORTACIÓN DIRECTA

Creaciones Harrods

Modelos de estación, en colores claros de gran moda.



21. — VESTIDO en rica clase de linette de hilo, colores claros de moda, adornado con bordado y cintas de seda..... \$ 75.—
 GRAN CANOTIER de organdí, adornado con cinta, en dos tonos..... \$ 25.—

22. — ELEGANTE VESTIDO de linette de hilo, en colores claros de moda, rosa, celeste, lila y blanco, adornado con bordado, cinta fantasía de seda y flores rococó..... \$ 95.—
 CAPELINA en linón de hilo, adornos de cinta, colores claros..... \$ 22.—

14.—VESTIDO muy chic, en tul de hilo, colores claros, combinado con filet crudo y cintas de seda, a..... \$ 110.—

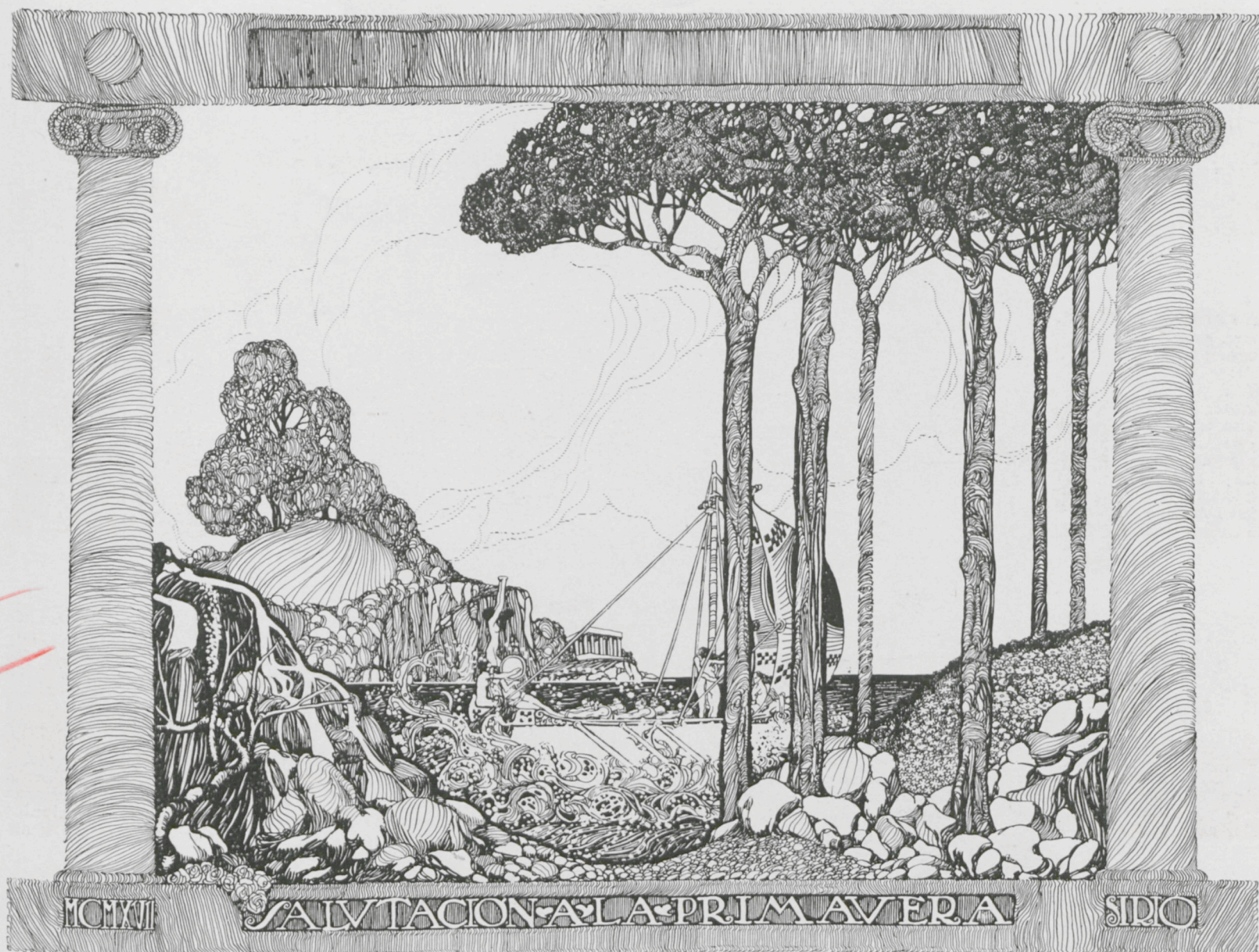
ELEGANTE GORRO de paja, adornado con lazos de cinta \$ 35.—

15. — VESTIDO muy elegante, en tul de hilo, colores claros, blanco, rosa, celeste, lila y crema, adornado con filet crudo y cintas de seda..... \$ 95.—

CAPELINA de tul y paja, adornos fantasía, colores claros..... \$ 28.—

Harrods

FLORIDA 877
 Y PARAGUAY 554



Aparición de ensueño sobre la mar sumisa
donde el celeste cielo posa,
curva la sutil vela que el astro Sol irisa,
desde unas islas mágicas llega una barca rosa.
Un infantil piloto, de alas de mariposa
cuyo prisma estremece la perfumada brisa,
ríe en la clara popa, la mano en el timón;
coronada de lilas y aureolada de estrellas,
una hermosa doncella viene entre otras doncellas
que pulsan liras y arpas. Tales doncellas bellas
encenderán las savias, esmaltando las huellas
de la juvenil Estación.

Primavera es quien viene entre ese suave son.

¡Es Primavera, es la divina
Primavera dinámica, toda flor, ritmo pleno!

En las costas lejanas, la ruda tropa equina
galopa en fuga fuerte. Un fuerte buey sereno
el áspero testuz hacia la tierra inclina.

Al ruido de los potros que hacen cantar la playa
florece el flanco de la encina
patriarca de los bosques, centenaria atalaya,
mientras, alta la testa, ensaya
la víbora su silbo gutural, de ocarina.

Del seno de la selva hirsuta
la voz de una zampoña evoca al genio Pan.
Erguido en una roca, junto a su negra gruta,
al par que con la vista la vasta mar escruta,
sopla el carrizo un egipán.

Como en remotos tiempos, como en Arcadia un día,
la agreste bestia hermosa, sobre el torso de cabra
yergue su faz de fauno, que el cincel del sol labra,

y un salmo cosmológico a los cilindros fía.
Tira el instrumento que suena,
después; y alza los brazos. Con musical palabra
que tiene el temblor pulcro de la genuflexión,
saluda la leyenda que anda en la mar serena,
y anuncia así la exaltación:

«¡Alegria, alegría, tierra austral! Alegría
por la juvenil Primavera
que entre un ambiente armónico y una policromía
forestal y floral, viene en una ligera
nave que impulsa el viento, serenamente, sobre
la mar verde-celeste que el sol mancha de cobre.

Nuevo vigor anime las arterias del suelo:
que cuanto en hoscos meses el eclipsado cielo
vió tenderse aterido, con nueva fuerza viva.
Que la sangre y la savia circulen, que el neurón
se haga elástico, y cimbre como en una ballesta
en la zarpa valiente y el ala fugitiva.
Que la floresta entone sus cánticos de fiesta,
con un olor de floración.
Que en la selva, en el laberinto
de troncos y de ramas, y en los campos, y en todo
lo que da albergue, pulse la furia del instinto
del Pecado Inmortal, que inmortaliza el lodo.»

Calla. En la grama, luego, rítmicamente avanza
hacia la mar, que pauta de su paso el compás.
Y entusiástico danza frente a las aguas. Danza
como si fuese Satanás.

En tanto, áurea de sol, por la mar armoniosa
desde unas islas mágicas llega una barca rosa.

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

FIRMAS AJENAS

Ya no podía vivir allí. Tomé el tren y he bajado en la primera estación que me ha parecido: en la estación de un pueblo encantador. Como aquí no hay más posada que una, que está cerca de la estación, y deseo no oír ruido de trenes y de máquinas, he preguntado en dos o tres sitios dónde podrían hospedarme, y me han indicado una casa de labor de fuera del pueblo, en el camino real, y aquí estoy.

Mi cuarto es grande, de paredes blanqueadas; en el techo tiene vigas de color azul con labores toscas de talla, el balcón, con el barandado de madera carcomida, es de gran saliente y da al camino real.

Estoy alegre, satisfechísimo de encontrarme aquí. Desde mi balcón ya no veo la desnudez de Marisparza. En frente brillan al sol campos de verdura, las amapolas rojas salpican con manchas sangrientas los extensos bancales de trigo que se extienden, se dilatan como lagos verdes con su oleaje de ondulaciones. Por la tierra, inundada de luz, veo pasar la rápida sombra de las golondrinas y la más lenta de las palomas que cruzan el aire. Un perro blanco y amarillo se revuelca en un campo de habas, mientras un burro viejo, atado a una argolla, le mira con un tácito reproche con las orejas levantadas.

En el corral, que veo desde mi balcón, los polluelos pican en montones de estiércol; gruñen los estúpidos cerdos y andan de acá para allá con ojillos suspicaces y actitudes de misántropo, carean las gallinas, y un gallo, farsantón y petulante, con sus ojos redondos como botones de metal y su cresta y su barba de carnosidad roja, se pasea con ademanes tenorioscos.

Aquí no se ven pedregales como en Marisparza; todo es jugoso, claro y definido, pero alegre. A lo lejos veo montes cubiertos de pinares negruzcos; más cerca, entre los viñedos, un cerrillo poblado por pinos de copa redonda. Arriba, muy alto, en el espacio azul, sin mancha, resplandeciente, se divisan los gavilanes, que trazan lentas curvas en el cielo.

Es la vida, la poderosa vida que reina por todas partes; las mariposas, pintadas de espléndidos colores, se agitan temblando sobre los sembrados verdes; las altas hierbas vivaces brotan lánguidas, holgazanas, en los ribazos; pían, gritan los gorriónes en los árboles; revolotean en algarabía chillona golondrinas y vencejos, corren como flechas las



PRIMAVERA

aéreas libélulas de alas de tul verde y dorado; los mosquitos zumban en nube; pasan como balas los grandes insectos de caparzones negros, brillantes; rezonguean las abejas y los moscones, curioseando por los huecos de tapias y paredes, y el gran sol, padre de la vida, el gran sol, bondadoso, sonríe en los campos verdes y claros de alcácel, incendia las rocas del monte con su luz vivísima, y va rebrillando en el agua turbia y veloz de las acequias que se desliza con rápido tumulto y ríe con gorjeos misteriosos por las praderas florecidas y llenas de rojas amapolas.

¡Oh, qué primavera! ¡Qué hermosa primavera! Nunca he sentido como ahora el despertar profundo de todas mis energías, el latido fuerte y poderoso de la sangre en las arterias. Como si en mi alma hubiese un río interior detenido por una presa y al romperse el obstáculo corriera el agua alegremente, así mi espíritu, que ha roto el dique que le aprisionaba, dique de tristeza y de atonía corre y se desliza cantando con júbilo su canción de gloria, su canción de vida; nota humilde, pero armónica en el gran coro de la Naturaleza Madre.

Por las mañanas me levanto temprano, y la cabeza al aire, los pies en el rocío, marchó al monte, en donde el viento llega aromatizado con el olor balsámico de los pinos.

Nunca, nunca ha sido para mis ojos el cielo tan azul, tan puro, tan sonriente; nunca he sentido en mi alma este desbordamiento de energía y de vida. Como la savia hincha las hojas de las piteras, llora en los troncos de las vides y las parras podadas,

sensaciones quizás llegadas a mí por herencia.

Suelo comer y cenar en el zaguán, en una mesa pequeña, cerca de los hombres que vuelven del trabajo del campo. Estos lo hacen por orden: los mayores de mula y muleros, sentados; los chicos que llaman burreros, de pie. Rezamos todos al empezar y al concluir de comer.

No pinto, no escribo, no hago nada, afortunadamente. De noche oigo el canto tranquilo, filosófico de un cuco y el grito burlón y extraño de un pavo real que siempre está en el tejado.

¡Cuánta vida y cuánta vida en germen se oculta en estas noches! — se me ocurre pensar. Los pájaros reposarán en las ramas, las abejas en sus colmenas; las hormigas, las arañas, los insectos todos, en sus agujeros. Y mientras éstos reposan, el sapo, despierto, lanzará su nota aflautada y dulce en el espacio; el cuco su voz apacible y tranquila; el ruiseñor su canto regio; y en tanto la tierra, para los ojos de los hombres, oscura y sin vida, se agitará, estremeciéndose en continua germinación, y en las aguas pantanosas de las balsas y en las aguas veloces de las acequias brotarán y se multiplicarán miríadas de seres.

Y al mismo tiempo de esta germinación eterna, ¡qué terrible mortandad! ¡Qué bárbara lucha por la vida! ¿Pero para qué pensar en ella? Si la muerte es depósito, fuente, manantial de vida, ¿a qué lamentar la existencia de la muerte? No, no hay que lamentar nada. Vivir y vivir... esa es la cuestión.

DOR-PIO BAROJA

llena de florecillas azules los vallados del monte y parece emborracharse de sangre en las rojas corolas de los purpurinos geranios, así esa corriente de vida en mi alma le hace reír y llorar y embriagarse en una atmósfera de esperanzas, de sueños y locuras.

Por las tardes recorro la almazara y el lagar, oscuros, silenciosos y cuando por alguna rendija de las ventanas entra un rayo de sol como un dardo de fuego o una varada de metal fundido hasta el blanco dorado, en donde nadan las partículas de polvo, siento una inexplicable alegría.

Estos rincones de la casa de labor, estas cosas primitivas y toscas, la zafa donde se tritura la aceituna, el molón de piedra grande y cónico, las tinajas de barro que parecen gigantes hundidos en el suelo, todo me sugiere pensamientos de algo que no he visto jamás y me produce un recuerdo de



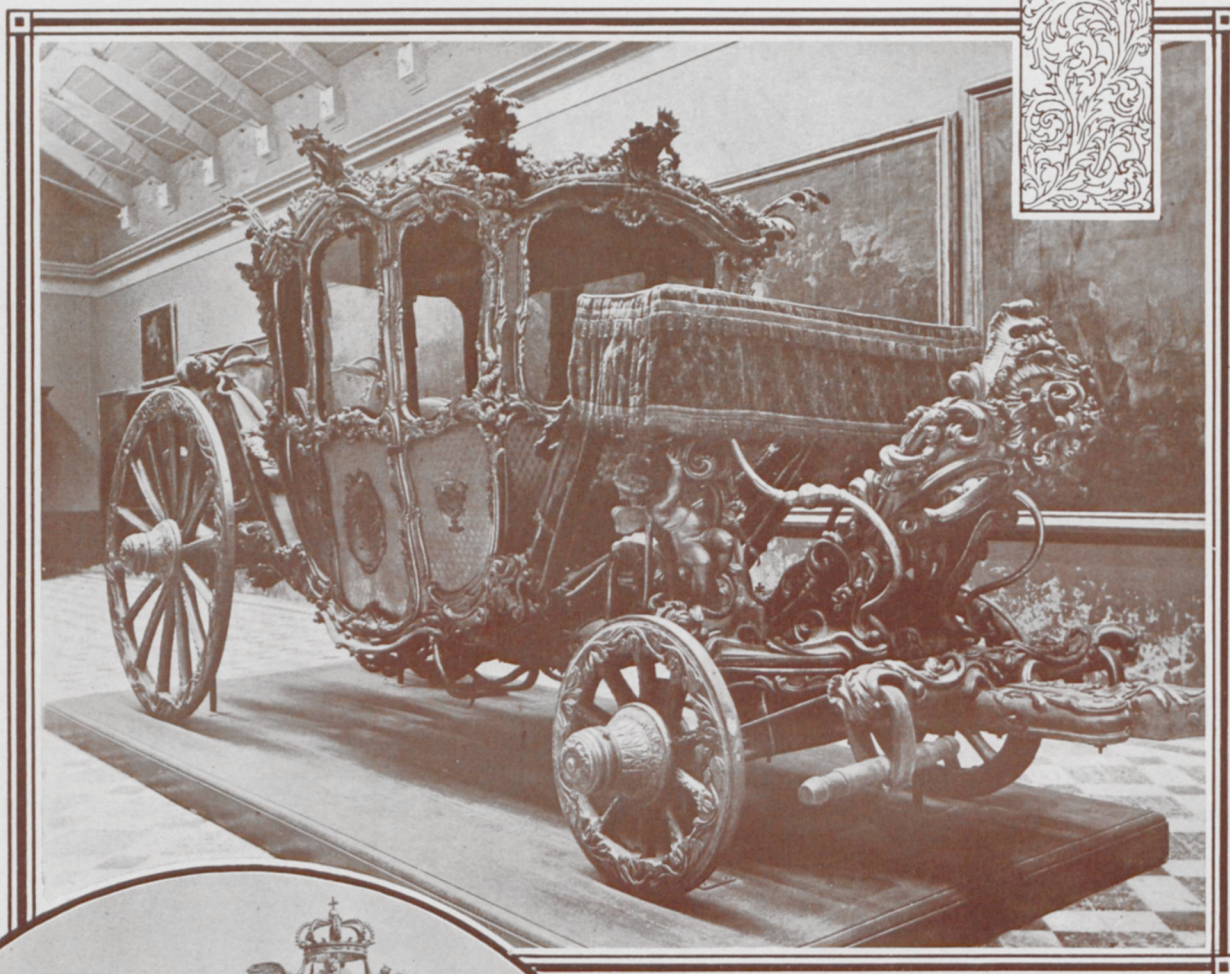
DOS BUENOS AMIGOS
ÓLEO DE ALICE

El lujo de otra época

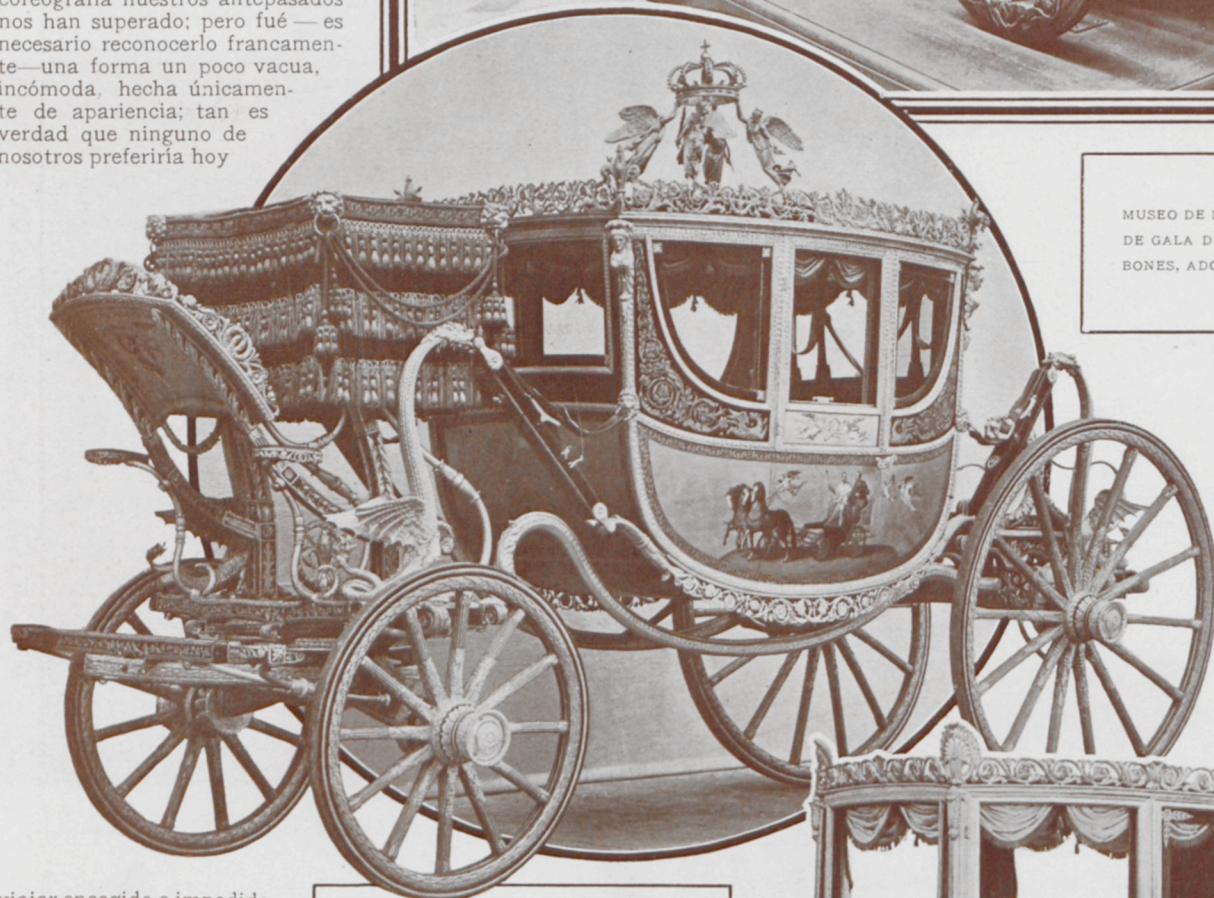


Las berlinas

Cuando nosotros admiramos en los museos las ricas y suntuosas berlinas del siglo XVIII, deslumbrantes de oro y finamente trabajadas, no podemos por cierto dejar de manifestar que el lujo de entonces era de una superioridad mayor a la de nuestros tiempos, y que en materia de forma y de coreografía nuestros antepasados nos han superado; pero fué — es necesario reconocerlo francamente — una forma un poco vacua, incómoda, hecha únicamente de apariencia; tan es verdad que ninguno de nosotros preferiría hoy



MUSEO DE LA CARTUJA DE SAN MARTINO. CARROZA DE GALA DE LA COMUNIDAD, ÉPOCA DE LOS BORBONES, ADORNADA CON PINTURAS DE SOLIMENA.



FLORENCIA.— ARMERÍA REAL. COCHE DE GALA DEL GRAN DUQUE DE TOSCANA LEOPOLDO II.

viajar encogido e impedido casi de movimiento en una berlina dorada sí, pero angosta y asfixiante, estilo Luis XV, pudiendo hacerse transportar cómodamente por un modesto, sencillo e inelegante, pero... cómodo carruaje de nuestros tiempos.

Es verdad que los antiguos amaban generalmente más que la apariencia también la substancia, pero en lo que atañe a las berlinas esta fué sacrificada a aquélla. No obstante, hay que reconocer que hubo berlinas amplias y cómodas, usadas para ir al campo; se servían de ellas príncipes y reyes. Tenían seis asientos distribuidos dos a dos sobre tres banquetas paralelas, colocadas dos en el fondo y una en el medio.

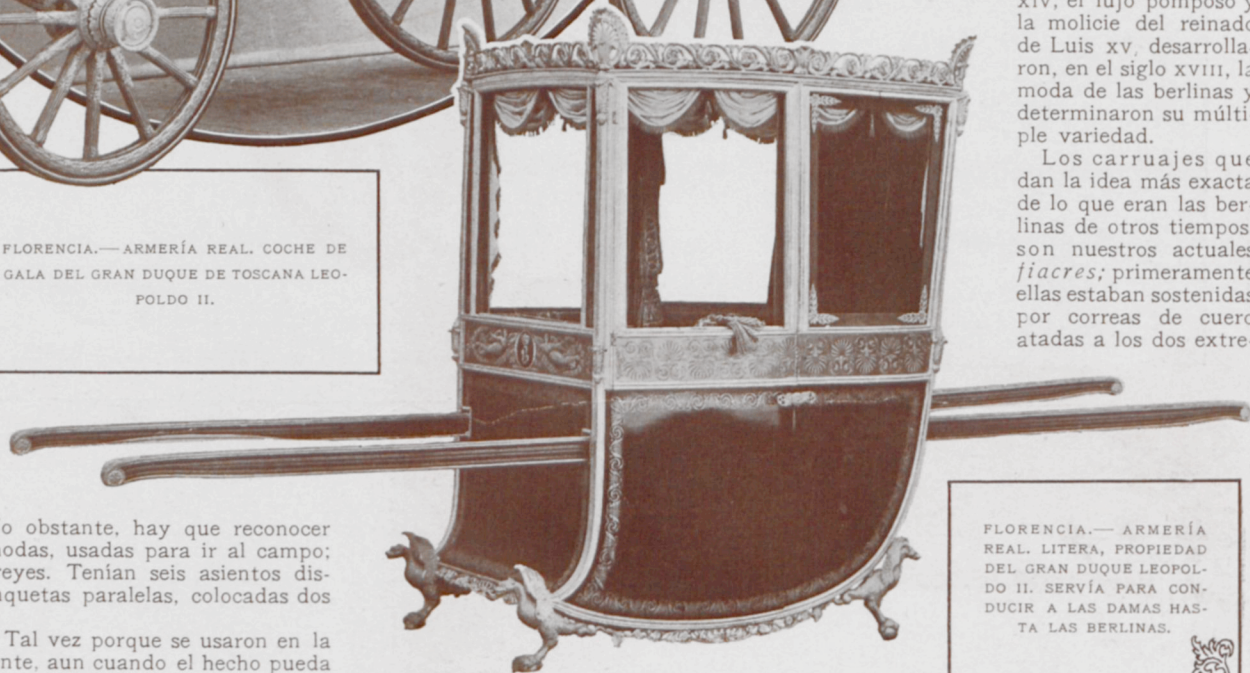
¿Por qué se llamaban berlinas? Tal vez porque se usaron en la gran metrópoli prusiana. Ciertamente, aun cuando el hecho pueda

parecer extraño. Fué, en efecto, en Berlín donde apareció por la primera vez en el siglo XVII la berlina ideada y construida sobre un dibujo de Felipe Chieze, arquitecto de Federico Guillermo, elector de Brandeburgo.

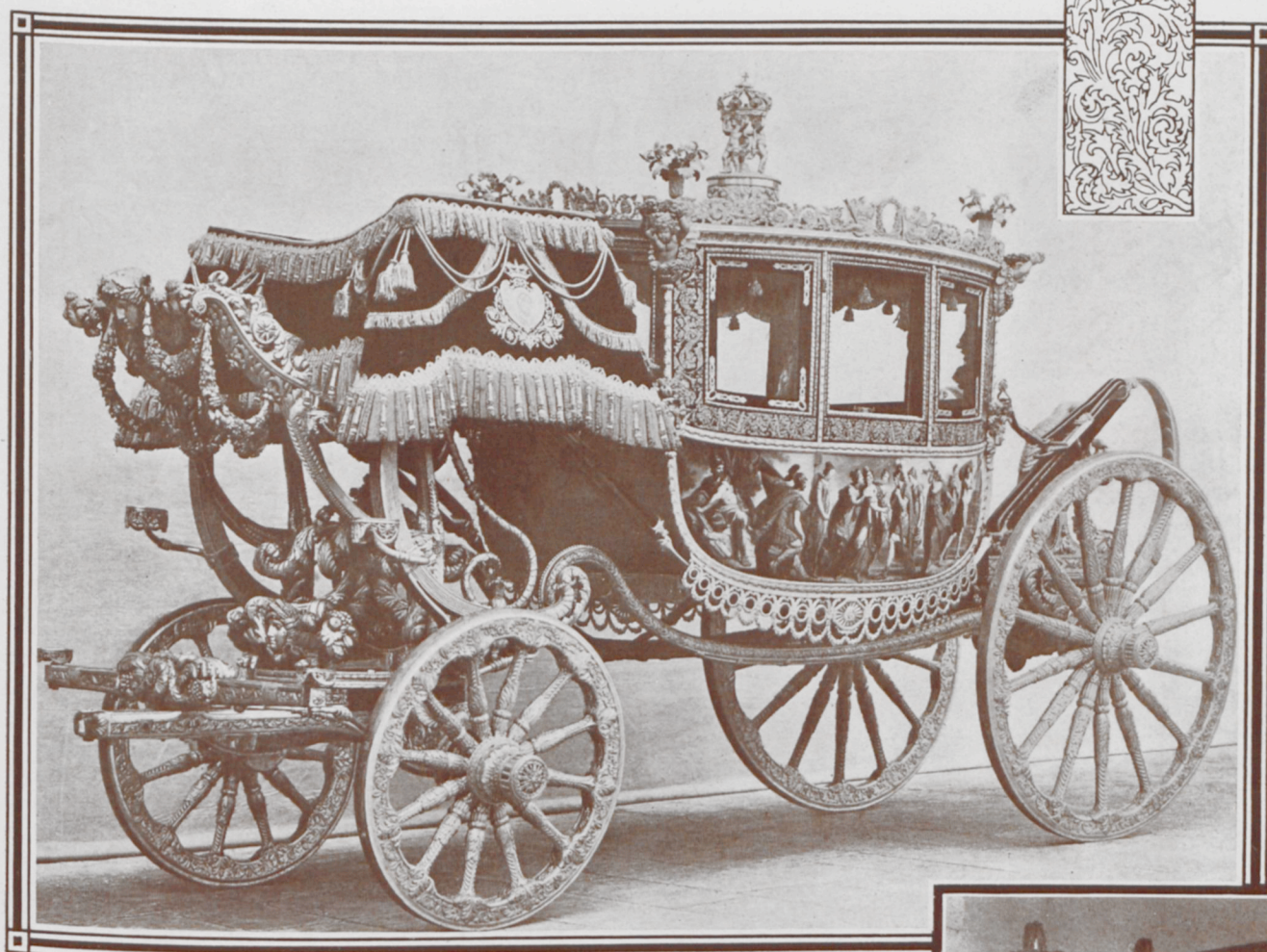
La berlina es un coche suspendido mediante un sistema de muelles, sobre cuatro ruedas y recubierta por una especie de capota que se puede levantar y bajar a voluntad.

El fausto del reinado de Luis XIV, el lujo pomposo y la molición del reinado de Luis XV, desarrollaron, en el siglo XVIII, la moda de las berlinas y determinaron su múltiple variedad.

Los carruajes que dan la idea más exacta de lo que eran las berlinas de otros tiempos, son nuestros actuales *fiacres*; primeramente ellas estaban sostenidas por correas de cuero atadas a los dos extre-



FLORENCIA.— ARMERÍA REAL. LITERA, PROPIEDAD DEL GRAN DUQUE LEOPOLDO II. SERVÍA PARA CONDUCIR A LAS DAMAS HASTA LAS BERLINAS.



ARMERÍA REAL. CARROZA DE VÍCTOR MANUEL II, DENOMINADA DE TELÉMACO, POR LAS PINTURAS QUE LA ADORNAN.

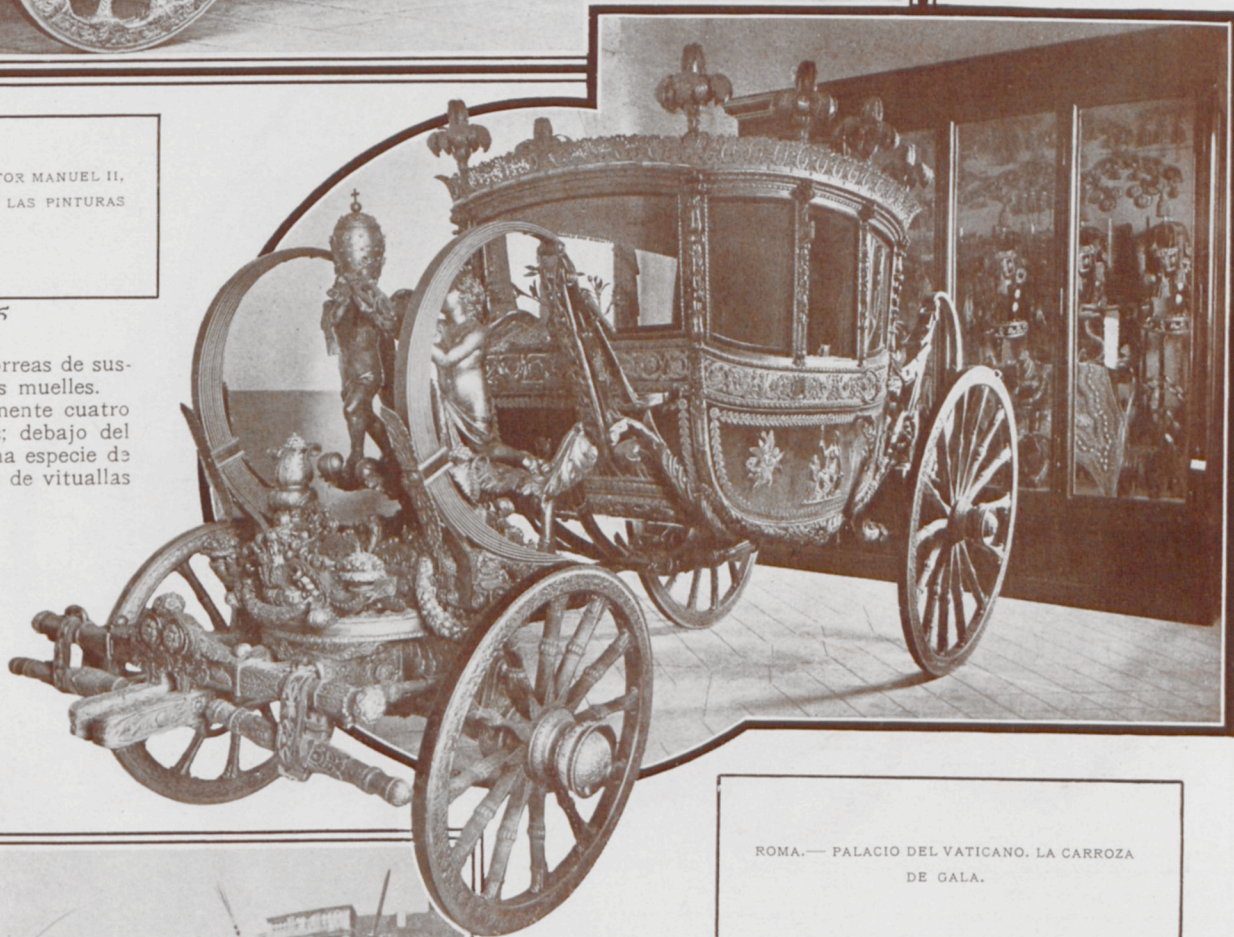


mos de la rastra, pero después las correas de suspensión fueron reemplazadas por los muelles.

Una berlina podía llevar normalmente cuatro personas sentadas sobre dos sitiales; debajo del vehículo hallábase con frecuencia una especie de caja donde se ponían las provisiones de vituallas para el viaje.

Algunas veces la berlina tenía solamente dos asientos y entonces se la designaba con el nombre de *vis-a-vis*.

Los grandes carruajes de gala y los carruajes de corte, ricamente guarnecidos y artísticamente trabajados, que a menudo se admiran en los museos, son las berlinas de principios del siglo XVIII y de los años sucesivos, en los cuales se desencadenó mayormente el contagio del lujo rumboso de la corte



ROMA.— PALACIO DEL VATICANO. LA CARROZA DE GALA.



LA BERLINA REAL QUE LLEVÓ AL EMBAJADOR LÁINEZ AL QUIRINAL.



de Francia, hasta que llegó la brusca detención provocada por la gran revolución.

Naturalmente, la berlina se fué mejorando paulatinamente a medida que se introdujeron útiles modificaciones. Desaparecieron así poco a poco las largas correas y suspensiones, con sus pesados sostenedores, las ruedas macizas, groseramente hechas, excusables tan sólo cuando se piensa en el mal estado de los caminos; los elásticos que se levantaban continuamente mediante unas pequeñas ruedas que giraban alrededor de un asa, fueron substituidos por elegantes muelles en forma de cuello de cisne; la caja central se hizo más ligera y el conjunto de la carroza fué más fino y elegante. Ahora no se encuentran la huella de berlinas como aquellas denominadas *gondolas*, que podían contener doce personas sentadas casi en círculo en el interior de la caja donde la luz penetraba tímidamente por ocho pequeñas ventanillas, como en una prisión ambulante e incómoda.

Hoy las berlinas, más que estar expuestas en los museos, se emplean en las ceremonias de gala, especialmente cuando se trata de embajadores que van a presentar las credenciales. Una de nuestras fotografías representa precisamente una de las berlinas de corte: la que trasladó, del «Grand Hotel» al Quirinal, al embajador extraordinario argentino, señor Láinez; la carroza está reproducida en el instante en

que entra en el palacio real, mientras el «bersagliere» que está de centinela le presenta las armas.

¿Sobrevivirán las berlinas en los tiempos que se anuncian, siempre más democráticos, o está próxima la hora en la cual no se verán más dos hombres empolvados que se mantienen derechos en la parte posterior de la carroza?

RAFAEL SIMBOLI.



ORIENTE

ÓLEO DE NESTOR.

DE LA COLECCIÓN BOU.





LA CASA DE LOS SEÑORES DE LAFUENTE SAENZ-VALIENTE



En una de las vías próximas a la plaza Alvear, está la residencia cuyas fotografías ofrecemos hoy a los lectores de PLUS ULTRA.

El doctor Ricardo de Lafuente Machain y su esposa Clemencia Sáenz-Valiente y Aguirre, que por merecimientos personales y vínculos de parentesco pertenecen a la primera sociedad de Buenos Aires, con un justo sentido de lo que debe constituir el arte en el hogar, han hecho de su morada un pequeño museo donde lucen los objetos más raros y curiosos.

Desde la entrada se observa ese ambiente de distinción tan propio de las viviendas señoriales. Atravesando la gran mampara del zaguán, se pasa al vestíbulo, sobriamente decorado con muebles de la época de Felipe II. La severidad de esta pieza está en su misma sencillez. Viejos sillones de nogal, con asiento y respaldo de baqueta claveteada, aparecen a los costados del bargueño sostenido por antigua mesa de labor veneciana. Sobre el



UNA PERSPECTIVA DE LOS SALONES.

muro, que imita piedra de sillaría, apenas si se descubre un viejo retrato de San Francisco, cuyas facciones revelan el misticismo que atormentó la vida del asceta. Una arqueta india, la lámpara de cobre con un águila explayada en el centro y un alto relieve de madera construido en las Misiones, completan con la mesa de tallas geométricas el principal mobiliario de esta sala, estando su pavimento revestido con pequeñas alfombras de gran mérito.

Casi contigua al ángulo del fondo, hay una puerta de caoba que comunica con el despacho. Los muebles, de madera oscura con incrustaciones de bronce, pertenecen al Primer Imperio. Entre las estanterías que ocupan el costado de la derecha, se ve una gran panoplia cincelada y raros ejemplares de arcabuces, espadas y otras armas de guerra. En otro de los frentes hay cuadros de familia, destacándose por su interés histórico el del coronel argentino don Juan Bautista de Lafuente,



ANTECÁMARA CON MUEBLES ESPAÑOLES AUTÉNTICOS. EL SILLÓN PROCEDE DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE GUARNIZO, DE SANTANDER, DONDE SE HALLA LA CASA SOLARIEGA DE LAFUENTE. SOBRE EL BARGUEÑO SE DESCUBRE UN TINTEO DE TALAVERA, DOS CANDELABROS HECHOS EN LAS MISIONES JESUÍTICAS Y UN LIENZO DE ESCUELA ITALIANA, REPRESENTANDO A SAN FRANCISCO.



COMEDOR REGENCIA. OCUPA EL TESTERO PRINCIPAL UN HERMOSO TAPIZ FLAMENCO, ÉPOCA DE LUIS XIV. LAS VITRINAS DE CRISTAL CHAPLANADO, ILUMINADAS INTERIORMENTE, ENCIERRAN LOS DISTINTOS SERVICIOS DE PLATA, BANDEJAS REPUJADAS, MATES, FRUTEROS, ETCÉTERA. SOBRE EL SOPORTE DE MÁRMOL HAY DOS JARRONES JAPONESES, SATSUMA ANTIGUOS, Y UN VASO DE PÓRFIDO ORIENTAL.



SALA LUIS XVI. LOS SILLONES, TAPIZADOS DE AUBOUSSON MODERNO, SON REPRODUCCIÓN DE LOS QUE EXISTÍAN EN LAS CÁMARAS DE MARÍA ANTONIETA, EN VERSALLES. VITRINAS DE CRISTAL, GUARDAN ABANICOS Y BI-

BELOTS ANTIGUOS. SOBRE LA MESA, QUE CUBRE RICA TELA DE TISÚ BRISCADO, HAY VARIOS OBJETOS DE ARTE. EN EL CABALLETE, Y MEDIO CUBIERTO POR SEDAS DEL JAPÓN, SE ADMIRA UN CUADRO ORIGINAL DE GUIDO RENI.

guerrero de la Independencia. Dos lujosos albums contienen hermosa colección de autógrafos de personajes americanos y documentos de la colonia, siendo sumamente curiosa la carta geneológica de las casas Chacón, Valencia, Ponce de León, Manuel y Salido, escrita el 15 de enero de 1547 por el Comendador Hernán Chacón a su hijo don Fernando Chacón de Valencia, Caballero veinticuatro de Ubeda.

De la parte destinada a recibimiento, el primero de los salones es el llamado colonial; sus muebles, de patas curvadas, tienen la elegancia un poco familiar del gusto barroco. Amplios sillones con asiento de damasco carmesí, atriles de jacarandá y mesas primorosamente talladas. Sobre una rica cómoda ventruda de fines del siglo XVIII, hay dos candelabros de las Misiones y una cabeza de niña labrada en

mármol, de muy buena factura. En este aposento se hallan varias piezas y objetos que pertenecieron a los antepasados del dueño de la casa. Abanicos de sándalo y marfil, cuyas miniadas vitelas parece que guardaran aún el secreto de galantes y discretas sonrisas. Un trozo de vestido, de tisú de plata, usado hace más de dos siglos por la madre de don José Antonio de Zavala, caballero de Montesa y fundador del Fuerte-Borbón. Algunos mates labrados por los indios, peinetones de carey y otras antigüedades, todo ello guardado en artística urna que fué propiedad de don Juan de Machain, progenitor de este apellido en América.

El muro que hace frente a la puerta de entrada se ve revestido por hermoso tapiz de la época de Luis XIII.



FRENTE DEL SALÓN COLONIAL. SIRVIENDO DE FONDO A LOS MUEBLES VIRREINALESES, SE ALZA UN VALIOSO TAPIZ, DE ESCUELA FRANCESA, QUE COPIA UNA ESCENA DE CETRERÍA EN LA ÉPOCA DE LUIS XIII.



SALÓN DE ESTILO COLONIAL. LA DECORACIÓN ESTÁ HECHA CON ARREGLO AL GUSTO DEL SIGLO XVIII. EN SU CONJUNTO, ESTA PIEZA RESUCITA EL AMBIENTE DE ARISTOCRACIA PROPIO DE LAS MANSIONES VIRREINALESES DE AMÉRICA

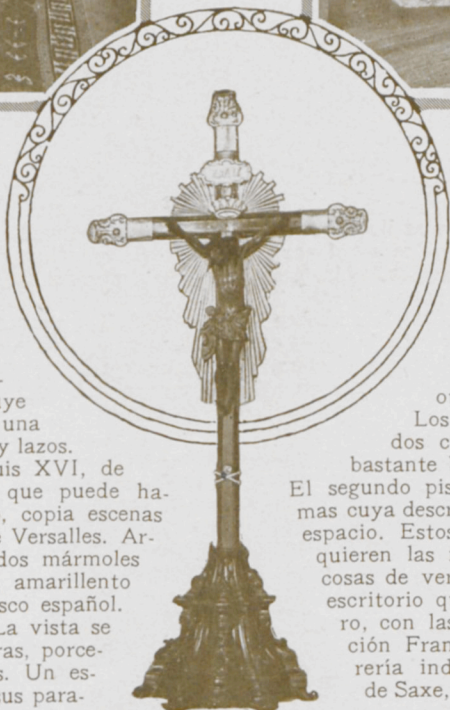




DESPACHO CON MUEBLES DIRECTORIO Y PRIMER IMPERIO. DE LOS MUROS CUELGAN ARMAS Y RETRATOS, UNO DE ELLOS PINTADO POR PELLEGRINI. EN EL ÁNGULO DE LA ENTRADA HAY UN JARRÓN DE SEVRES, 1809, Y SOBRE LA ESTANTERÍA UN BRONCE DE MÉRITO.



CÁMARA CON MUEBLES TARACEADOS, DE GRAN VALOR ARTÍSTICO. LOS DIBUJOS DE LAS INCRUSTACIONES DENOTAN LA INFLUENCIA DEL ARTE ORIENTAL EN LOS TRABAJOS EJECUTADOS POR LOS INDÍGENAS. PROCEDEN DEL PARAGUAY, DONDE FUERON HECHOS EL AÑO DE 1800.



CRUCIFIXO TALLADO EN MADERA, QUE ESTÁ EN PODER DE LA FAMILIA DE LAFUENTE DESDE HACE VARIAS GENERACIONES. LA CRUZ ES DE JACARANDÁ, CON NIMBO Y REMATES DE PLATA.

Su composición tiene el encanto de las muertas edades. Tres jóvenes princesas pasean por un jardín lleno de frondas azuladas; árboles pomposos esmaltados de frutas como en «La Primavera» de Botticelli, ocultan la perspectiva de una fabulosa ciudad coronada de baluartes y almenas. Las jaurías persiguen un jabalí que huye herido por las flechas de los arqueros, y como remarco, una ancha franja de hojas y flores entrelazadas con cartelas y lazos.

Contiguo a este aposento se encuentra el salón Luis XVI, de gran elegancia y suntuosidad. La sillería es lo mejor que puede haber en muebles. Su tapizado, de Aubousson moderno, copia escenas mitológicas vistas a través de las galantes costumbres de Versalles. Armonizando con las vitrinas, las lámparas y los jaspeados mármoles de la chimenea, un viejo clavicordio deja entrever su amarillento teclado medio cubierto por una rica colcha de damasco español.

Interesante es también el gabinete de confianza. La vista se pierde contemplando el cúmulo de preciosas miniaturas, porcelanas, marfiles, bizarrías japonesas y ropas eclesiásticas. Un espejo nebuloso agranda la perspectiva del recinto, con sus paramentos y credencias de sencillas labores.

El comedor es igualmente notable por la discreta colocación y armonía del conjunto. Una puerta cuyos cristales cubren encajes de Bruselas, da paso a la terraza del jardín.

La decoración es de roble tallado, y en uno de los frentes, el soberbio tapiz de Flandes sorprende por lo correcto del dibujo y la suavidad del colorido. A través de los vidrios chaflanados, aparecen en las vitrinas algunos vasos y bandejas de plata repujada y otros objetos artísticos de valor.

Los muebles son de estilo Regencia, y en las paredes hay dos cuadros: uno de la escuela holandesa y otro francés, bastante bueno como decorativo, siendo más o menos de 1750. El segundo piso de la casa contiene los dormitorios y cámaras íntimas cuya descripción nos vemos privados de hacer debido a la falta de espacio. Estos departamentos, alhajados con todo el confort que requieren las necesidades de la vida moderna, conservan igualmente cosas de verdadero mérito; grabados de la época romántica, un escritorio que fué del prócer paraguayo don Pedro Juan Caballero, con las armas de familia; estampas iluminadas de la Revolución Francesa, bibelots, imágenes policromadas, piezas de alfarería india, crucifijos de talla y marfil y pequeñas porcelanas de Saxe, donde alguna graciosa figulina empolvada, con ahuecadores Pompadour, sostiene en sus manos exangües y diminutas, que tienen la transparencia de la cera, una guirnalda prendida en el pliegue Watteau.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



GABINETE CON SILLERÍA MODERNA Y MESAS COLONIALES; UNA FUÉ DE LA CASA DE DON JUAN DE MACHAIN, Y OTRA DE DON FERNANDO DE LA MORA, PRÓCER DE LA INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY. EN LA PARED, DOS MARCOS OVALADOS QUE ENCIERRAN MINIATURAS DE FAMILIA Y UN COBRE DEL PINTOR FLAMENCO RUBENS (EL JUICIO FINAL), ADQUIRIDO EN LA VENTA DE LA COLECCIÓN RICCI, DE ROMA, EN 1909.

EL ENCANTO DE LAS FEAS



POR JOSE MARIA BOSCH

Salían del escritorio y una joven cruzó gentil, airosa, sugiriéndole a Gaspar por la gracia de su pasito breve y de su contoneo, un «¡preciosura!» de entusiasmo.

—Pero... ¿le ha visto usted la cara?— preguntó Pardo, el loco Pardito.

—¡Bah! obsérvela, es un figurín...

—¡Lo que observo, amigo mío, es que usted tiene una debilidad extraordinaria por las mujeres feas!

—Puede ser...— objetó Gaspar, sin fastidio, absorto en la contemplación de la silueta que se iba perdiendo hacia el confín de la otra calle.

—¡Una debilidad extraordinaria!— insistió el acompañante, sin éxito.

Y anduvieron varias cuadas en silencio, hasta llegar a la Avenida.

—¿Quiere que comamos juntos?

Pardito se sorprendió; no era martes, sino sábado, la noche de aquellarre entre brujas y hechiceros, según la leyenda, y de orgía grotesca de horteras, según Gaspar.

—Hombre...

—Necesito su camaradería... Ya ve usted, se lo confieso brutalmente...

Entraron en un restaurant donde los platos se aderezaban con el programa de una orquesta terrible, una orquesta de *Rigolettos*, *Puños de rosas* y *tangos* acelerados por la nerviosidad andaluza del primer violín.

Al segundo plato Pardito interrumpió el elogio de un pejerrey para admirar con su característica exuberancia de frase y gesto:

—¡Otra vez! ¡Pero, amigo, si aquello es una visión dantesca! Gaspar, usted me alarma...

Porque también ahora contemplaba Gaspar a una fea, inapetente y enojada, de dos mesas más allá. Desvió la atención y dijo, conmovido:

—Usted no sabe, Pardito, el encanto de las feas...

Bebió Pardito para ahogar la risa, y Gaspar, ya desbordante, inició la sobremesa con singular anhelo de expansión.

—¿Se extraña usted?... Pues sí, el encanto de las feas... Porque la «fea» tienen un encanto, se lo afirmo

—Yo, francamente...

—Sí, ya sé... Pero es que hay que tratarlas para penetrar en el secreto de esa sugestión.

—Entonces...

—No me avergüenza decirlo, yo estoy enamorado de una fea... ¡No se ría usted! ¡De una fea!

—Sospechaba una historia en su mutismo...

—No debiera ser usted el confidente, Pardito.

Los hombres de su carácter no temen el contagio de ciertos sentimientos, y yo, para convencerle, necesito ante todo conmoverlo...

—Es que también tengo mi cuarto de hora sentimental...

—Pues voy a aprovecharlo porque no ha de ser más de un cuarto de hora, seguramente... Era una chica de «magazine» y la conocí una tarde en que el hastío me llevó a comprar guantes. No dimos con el número ni siquiera con el color de mi gusto, y fué ella quien exclamó, sonriendo: «No puedo, no puedo complacerlo...» ¡Ah! que mueca monstruosa la de aquel rostro... La nariz respingadísima descubría más profunda la anchura de la boca cuyos labios, gruesos y descoloridos, mostraban al abrirse una dentadura desigual, muy limpia. Y la tez pálida, terrosa, no tenía otra compensación que la de unos ojos grises, pequeños, mal protegidos por las cejas raleadas e incolores. Pulidas, las manos tenían, sin embargo, una viscosidad indefinible; mal peinada, cursi la ondulación del pelo sobre la frente estrecha, el conjunto de aquella cabeza producía una impresión desoladora, la impresión de lo irremediable. Y esa impresión me perturbó, porque mis ojos no podían, extáticos, desviar la mirada. «No puedo complacerlo, ya lo ve...» repitió tristemente, como si respondiese a la repulsión que sin duda revelaban mis pupilas. Me alejé con brusquedad, sumergiéndome en la barahunda de Florida. Pasaban las bellas, las fastuosas, las perturbadoras... pero ninguna consiguió alejarme de la gran tienda, porque a las siete estaba yo esperando la salida de las em-

Como recuerdo a su memoria, publicamos uno de los últimos artículos debidos a la pluma de José M. Bosch, joven periodista recientemente fallecido. Dotado

de gran espíritu de observación y altas cualidades morales, consiguió destacar su personalidad en la prensa donde venía figurando como escritor y como crítico.

pleadas, en lugar estratégico. Y como todas, salió la fea de los guantes. Y, como la que hoy me sorprendió, también aquella tenía en la figura el contrapeso de la fealdad del rostro. Vivaracha, sus movimientos gentiles acusaban un deseo de agradar. Las líneas del cuerpo, armónicas, la indumentaria elegante, sugerían la palabra amable... Pero yo le había visto el rostro muy de cerca cuando advirtiéndome mi persecución se dió vuelta para mirarme, sonriente y monstruosa como horas antes, toda la gentileza de su figura se esfumó. De pronto, detuvo su paso y así que la alcancé tuve la certeza de que esperaba mi saludo, mi compañía; la repugnancia dejó entonces el sitio a la compasión... a esa compasión que sin duda nos impone nuestra vanidad cuando creemos que nos ama una mujer... una mujer fea. Las primeras palabras que pronunció temblaban en sus labios, ¡nunca había experimentado la deliciosa angustia de que se le acercase un hombre como me acerqué yo para hablar a su corazón! Aquellos ojos grises se iluminaron con una mirada tan radiante que me conmoví, por que yo soy un hombre bueno...

Pardito bebía, escuchando con amable displancia.

—Muchas noches— prosiguió Gaspar— la acompañé hasta su casa, situada en una calle del sur lejana y obscura. Tan ansiosa estaba su alma de cariño, que no atinó a pensar si le mentía, henchida de ilusión. Tuve que acudir a las reconditas de mi fantasía, cultivar la metáfora, explotar toda la cursilería del repertorio sentimental. Ella no contestaba sino oprimiendo mi brazo contra su corazón jadeante o mirando a mis ojos con los suyos muy abiertos... Sin embargo, nunca llegué al beso que sus labios parecían pedir, entreabiertos, al doblar una esquina, en la discreta obscuridad del barrio... Pero me aburrí, naturalmente, de la farsa y del esfuerzo. Nuestras charlas fueron menos apasionadas, más prosaicas, más frías. Y aunque yo disimulaba siempre, ella observó el cambio. No la vi sorprendida; más triste, si acaso, que aquella tarde en que no pudo complacer mi pedido de guantes... Muy serena, no obstante, me detuvo casi al empezar nuestro paseo cambiando el tratamiento, pero no la suplicante dulzura de su voz: «No me acompañe...

usted. He pensado que no debemos continuar nuestras relaciones. Yo soy una mujer pobre... y fea... ¡Sí! ¡Fea! Usted me ha compadecido y sólo Dios sabe cuánto se lo agradezco. Pero el encanto desapareció porque yo he comprendido lo que en sus protestas de cariño había de piedad. Nunca se casaría conmigo... nunca ha tenido, siquiera, la idea de «engañarme»... esa idea de perdición que los hombres alimentan por toda mujer bonita... ¡Oh! ¡No proteste! Aléjese de mi lado y crea que, con el mayor dolor que esto me causa, — porque antes ni aún era desgraciada, — siempre conservaré el mejor recuerdo, porque me ha fingido la emoción que jamás a hombre alguno inspiraré sincera... » Y sólo permitió que la acompañase hasta el tranvía. Me quedé asombrado. Su entereza me hizo comprender la esterilidad de cualquier intento de disculpa. Pero una transición melancólica me dejó, minutos después, apto para una cena galante...

—Menos mal...— interrumpió Pardito, apurando un habano con indudable fruición.

—¡Ah!... ¡es que el tormento vino luego, amigo mío!

—¿Pues?...

—Porque yo me había acostumbrado a la adoración de esa mujer. Yo había descubierto en los rasgos innobles de su rostro una simpatía inconfundible. De la monstruosidad de la sonrisa, desprendía un afecto profundo que tanto halagaba mi vanidad como fortalecía mi espíritu. «¡Me aman!» decía mi corazón; «¡soy amado!» añadía mi jactancia. Y al perder la expresión de ese amor puro, al desdibujarse en mi imaginación las líneas de aquel rostro ridículo que por familiares llegaron a parecerme simpáticas, tuve la sensación de una soledad enorme. Me inquietó, primero; me desesperé más tarde. Y al mes escaso volví a mi estratégico lugar de espera cerca del «magazine». Pero no salió aquel día, ni el otro, ni el siguiente. La fea de los guantes no vendía guantes ya.

Entonces empezó mi obsesión. Entonces recordé toda la ternura de aquella mirada de los ojos grises, toda la pasión de aquella mano que oprimía mi brazo, todo el encanto de aquel corazón que se hacía proteger por el mío en los paseos... Y de la monstruosa fealdad hilvané un bello recuerdo perturbador. Necesitaba el afecto de la fea. Experimentaba el vacío de su ausencia, la amargura de su desilusión. Me desesperaba haber quebrantado el idilio con mi hastío, me avergonzaba la fortaleza de ánimo que ella reveló sustrayéndose a mi farsa, alejándose de mi seducción...

—Literatura, literatura...—dedujo Pardito, pidiendo, resignado, otro coñac.

—No; dolor que se ha hecho carne en mi alma y con el cual he formado ahora mi vida espiritual... ¿No lo ve usted?... ¿No sorprende usted el encanto de las feas?... ¿No advierte la simpatía de su fealdad en la ternura de sus miradas, en la resignación de sus gestos, en la modestia de su paso por la vida, en el ingenio que acusan para poner en sus defectos el artificio que los oculte, que las convierta en un atractivo?

Pardo sonreía, irónico.

—¡Tampoco eso es literatura, Pardito! Ellas, en el tranvía, abren su libro para que el vecino sorprenda en el autor el buen gusto de sus aficiones literarias; oponen sus argumentos en la charla aguzando la imaginación para interesar; sugestionan con su delicadeza, con su humildad, con su discretísima coquetería... Saben, las pobres, que son esas las armas con que han de luchar para perseguir la victoria sobre la idiotéz de las hermosas, porque algunos espíritus selectos de nuestro sexo prefieren la «fea con gracia» a las bellas en quienes la hermosura negó, por la justicia inmanente de la naturaleza, los prestigios menos reconocidos del talento. El encanto de las feas, Pardito, es, para mí, desde que siento la nostalgia de aquella muchacha humilde, la prueba indestructible de esa justicia...





EN EL ROSEDAL

LAS PRIMERAS FLORES
PASTEL DE ALONSO.



EN LOS LAGOS DE PALERMO.

MAÑANA DE PRIMAVERA.

-PLUS ULTRA-



FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.

Srta.



Mariana Celina
Vivot





El BARRIO de mi PUEBLO.

Ancha la calle, angosta la desigual vereda, y bajas, muy bajas las casas. Cuando yo vivía en la paz solariega de mis mayores, el empedrado no alcanzaba el lugar. Dicen por cartas los míos, que firme y reluciente adoquín aplasta ahora la alfombra de tierra que era en mi infancia la delicia de los pies descalzos en las noches veraniegas, de clara luna y ardiente brisa, en que los muchachos del barrio formábamos legión, disputándonos interminables partidas de naria. Pero agregan que el barrio no ha cambiado su cara ni su genio, a pesar de la piedra reluciente que lo viste.

Lo veo tal cual lo abandoné. Murmurante, piadoso, caritativo, hostil, manso, gruñón, sonriente, según el asunto que lo conmovía, interesaba, exacerbababa o enterneecía. Sus habitantes eran los mismos desde que le pude admirar hasta el día de mi salida. Los viejos contaban que siempre se conocieron los mismos, y, por seguir la tradición, los muchachos, los niños, los mayores, nos conocíamos mutuamente tan bien que nos sabíamos hasta el menor capricho o rareza. Así, proverbial quedará por los años de los años, la tacañería de don Fausto, el almacenero; la honradez de don Eugenio, el zapatero, siempre pobre y cargado de hijos; las charlatanerías de doña Rita, madre de infinidad de muchachas que habían constituido sus hogares, casadas ya, en el amplio caserío paterno; la enemistad de la familia del procurador con la del viejo empleado provincial, con alternativas de insultos y pedreas por un quitame allá esas pajas. Hasta el vigilante era una vieja institución. Durante diez años venía parándose en la misma esquina, hacía el mismo recorrido a las mismas horas; tomaba la copa en el almacén antes de irse y había actuado de cuco para distintas generaciones de chiquillos que, grandes ya, le saludaban como a un antiguo compañero.

Videla se llamaba el agente; don Andrés, el cartero; don Juan, el lechero, y Pascualín, el verdulero. Pascualín, según la tradición, era gracioso. Las

sirvientas reían sus ocurrencias, y las señoras, que desde el patio de la casa, dirigían la compra apurando el mate, celebraban sus torpezas para referirlas a la hora del almuerzo. Todo tenía su carácter en el barrio. Hasta el recolector de basura, que conocía los tachos de los residuos como si tuvieran nombre, porque nunca los equivocaba de puerta aunque los encontrase a media cuadra del sitio que a cada cual correspondía.

El barrio de mi pueblo bien podía reirse de la disciplina y organización que proclaman hoy las grandes ciudades como única forma de entenderse. Todo en él era matemático e invariable.

La mañana, con la misma gente que lo recorría presurosa. La tarde, con las mismas escenas de noviazgo y regocijo infantil, y las noches, con idénticas manifestaciones de unidad. Salvo las épocas de frío, o lluvia, en que las reuniones eran a puerta cerrada, junto a la mesa del comedor o en la sala, alrededor del piano, y que, el barrio tomaba aspecto de profunda melancolía, apenas clareada por uno que otro reflejo dorado que escapaba por las banderolas de las ventanas o alguno que otro zaguán abierto, la vida del apacible lugar se volcaba en las veredas.

¡Oh las noches de estío de mi tranquilo barrio provinciano! En los sillones los viejos, refiriéndose las mismas historias de la juventud en que figuraban damas que, arrugadas y distintas de lo que fueron, protestaban con calor de las historias que no querían que fuesen ciertas. Las damas esas eran las madres de las parlanchinas jóvenes que, en hileras de tres, recorrían de punta a punta la calle contándose sueños irrealizables, alentados por la mirada fija en ellas de los galanes estacionados como al descuido en las aceras.

Llegaban entonces los visitantes de siempre. El abogado Herrera; el rentista don Cástulo; el archivero don Goyo; saludaban a todos por sus nombres, contaban lo que habían hecho durante el día, quitábanse el sombrero en igual forma que lo hicieron

el primer día de visita, y hablaban lo de todas las noches, hasta la hora de retirarse, que no variaba nunca.

Nosotros, los chicos, jugábamos hasta caer rendidos, levantando una grita y una polvareda imposibles, que concluían por quitar la paciencia a los mayores. Se nos llevaba entonces, más ligero que corriendo, a nuestros dormitorios.

En la rueda de los viejos pasaba el mate de mano en mano, y cuando el reloj de la iglesia cercana daba las once, rechinaban los goznes de los pesados portalones, y las casas iban tragando poco a poco sillas y gentes hasta quedar el barrio al cuidado de la luna que lo bañaba íntegramente, y del vigilante que no perdía ojo al despacho de bebidas de don Fausto, donde siempre el borracho del lugar metía escándalos.

Horas después sólo se oía el pito de la ronda y la llegada a deshora de alguno que otro mozo que ensayaba sus primeras calaveradas precursoras del disgusto inevitable que había de costarle, al final, el alejamiento definitivo de la casa de los suyos.

Dicen ahora las cartas que los viejos se quejan por los que no vuelven. Ninguno de los muchachos que salieron regresan. Sienten que los hábitos empiezan a desprenderse de sus grampas, y notan que los chicos seguirán pronto el camino de los que no vuelven.

Yo evoco estos recuerdos hermosos, pero me conozco que no podré vivirlos más. Y los cuento como algo que yo conociera por referencias.

¡Oh la belleza lejana de mi barrio provinciano! Está tan dentro de mis recuerdos que si volviese a vivirla la encontraría detestable.

Tienen razón los viejos. Los que se fueron no regresan; pero quizás sean los únicos que bendigan aquella paz bienhechora que no supieron hacer suya.

F. DEFILIPPIS NOVOA.

DIBUJO DE PELÁEZ.



I

¿En qué grave aprieto no se pondría a la generalidad de los hombres que se dicen entregados al culto de la Ciencia, si así, de improviso, se les preguntase qué cosa es la Ciencia, cuándo podemos decir que conocemos algo científicamente, en qué se diferencia el movimiento científico de las otras clases de movimientos, por ejemplo, del que proporciona el simple sentido común?

Piensa, lector, en las infinitas veces que ves aplicado el epíteto de científico sobre hechos, descubrimientos, ideas y personas; en el uso y abuso que se hace de aquella palabra en la cotidiana literatura periodística; en la abrumadora repetición con que se la prodiga en toda suerte de libros, cursos, revistas, artículos y conferencias. Ahora, ¿sería posible tal uso y abuso y repetición si sólo se calificase de científico a aquello que realmente es objeto de ciencia? Más aún: ¿no hará, en este caso, la palabra «ciencia» oficio de común membrete puesto sobre cosas de las que en el fondo sólo se tiene una noción vaga? Ved, por ejemplo, este sabio de lengua barba blanca, que se ha pasado medio siglo en la soledad de su laboratorio. Este sabio se daría justamente por ofendido si le dijérais que, no obstante sus descubrimientos, su reputación, su saber vastísimo, etc., no ha realizado obra verdaderamente científica. Y pudiera suceder que sin mengua alguna de sus títulos de gloria, la impugnación del valor científico de su obra fuera perfectamente justa. El error nacería de que este sabio, con serlo tanto, daba a la palabra ciencia el mismo significado ambiguo, genérico, sin contornos precisos, que la mayoría de las gentes le atribuye. Nada más lógico ni explicable que en el medio siglo de investigaciones sobre una rama cualquiera del saber, este sabio no hubiera llegado a preguntarse nunca qué es la ciencia, qué es el conocimiento científico, dónde está la valla divisoria que separa lo científico de lo que sólo tiene apariencia de tal. Y ello, repetimos, no amenguaría en un ápice la validez de su obra ni la legitimidad de su gloria. Se puede hacer ciencia sin saber a fondo qué es la ciencia, como se pueden fabricar maravillosos tejidos con un hilo cuyo origen se desconoce.

II

He aquí dos definiciones, claras y precisas, de lo que es la ciencia y de lo que se entiende por conocimiento científico: la ciencia es un sistema de relaciones numéricas que fija el enlace de los fenómenos sometidos a nuestra observación: conocer científicamente, vale tanto como inscribir el número en la realidad. Mientras no llegamos a esa verificación, nuestro conocimiento de las cosas es imperfecto, porque las conocemos sólo con relación a nosotros en vez de conocerlas con relación a ellas mismas, de un modo objetivo. Ahora, para llegar

a conocer las cosas de ese modo objetivo, científico, es preciso forzosamente hacer uso del número, porque el número, al inscribirse en las cosas, las somete a medida, a cálculo, a cantidad, a previsión, a necesidad: las hace inteligibles. El progreso de la ciencia se asemeja a un corrosivo formidable que va desintegrando la realidad sometida a nuestra observación, en partículas susceptibles de medición, o sea de cálculo, o sea de número. Este proceso va acompañado de una especie de desdoblamiento de nuestra inteligencia.

Hay progreso científico cada vez que una zona de la realidad se desobjetiviza para objetivizarse. Más claro: cuando algo que antes juzgábamos inherente a nosotros sale fuera de nosotros para convertirse en materia observable. Mejor aún: cuando una sensación nuestra, nada más que nuestra, se convierte en una cantidad, igual para todos. La sensación es mía, particular. La cantidad es general, es una misma para todos. Y por eso decía ya Aristóteles que sólo en lo general hay ciencia.

III

Busquemos la claridad en el ejemplo.

Tenemos delante de nosotros un paño rojo. Afirmando que es rojo en virtud de determinada impresión que produce sobre nuestra retina. Es, siempre, un conocimiento; ¿pero es ese conocimiento científico? No. Porque ahí lo rojo es una simple sensación nuestra, particular, intransmisible, que nada nos dice sobre el fenómeno en cuestión. Pero llega un físico y nos dice que ese color rojo es un movimiento del éter a razón de tantos millones de vibraciones por segundo. Este sí, es conocimiento científico. Porque aquí ya no se habla de sensación sino de cantidad, no de lo que está en nosotros sino de lo que está fuera de nosotros; no de lo que sentimos sino de lo que es. Y justamente nació la óptica el día en que el genio de Newton acertó a descubrir en los colores su índice de refrangibilidad, es decir aún, cuando inscribió el número en nuestras sensaciones visuales.

Igual nacimiento tuvo la acústica. La acústica nació el día en que Helmholtz subordinó un timbre dado a una suma de tonalidades diferentes multiplicadas por su coeficiente de intensidad. En otras palabras, cuando acertó a inscribir el número en nuestras sensaciones auditivas. Igual nacimiento, en suma, han tenido y tendrán todas las ciencias posibles, porque todas, en último término, deben sujetarse al proceso común de creación y avance científico, que consiste, esencialmente, en ir reduciendo calidades a cantidades, sensaciones a números.

IV

¿Por qué, en materia científica, se concede tanta importancia a las leyes?

Una ley científica es una relación exacta encontrada entre dos fenómenos. Basta enunciar esto para comprender en seguida cuál es su importancia. Si conocemos la ley, conoceremos, de inmediato, todos los fenómenos comprendidos bajo su dominio. La ley nos ayudará a preverlos y, por consiguiente, a dominarlos. Saber es poder, decía Bacon. El dominio del hombre sobre la naturaleza se mide por las leyes que en ella descubre. En virtud de las leyes que la rigen, por ejemplo, hemos convertido a la electricidad de un enemigo ancestral en un poderosísimo colaborador de la vida moderna. En ciencia, el hecho, el fenómeno, no tienen importancia. Lo importante es la ley que rinde cuenta del hecho, del fenómeno. Sin embargo, no son propiamente leyes aquellas que no son susceptibles de ser expresadas matemáticamente. Todas las leyes de las ciencias descriptivas y naturales están en este caso. No son propiamente leyes: son la mitad de los hechos más uno. Y por eso,

tampoco son ciencias verdaderas las que no conocen leyes matemáticas, como la fisiología, la sociología, la zoología, etc. A estas disciplinas las llamamos ciencias por comodidad de lenguaje. Son, en realidad, esbozos de ciencias; ciencias «al estado naciente», como las llamaba Delboeuf. En ellas nuestro poder de previsión está reducido al mínimo. Si en la fisiología existieran leyes matemáticas, los diagnósticos del médico que está a la cabecera del enfermo serían de una infalibilidad inevitable. Porque esa es la gran diferencia que existe entre las leyes humanas y las leyes científicas. Las primeras son contingentes, relativas, cambiantes con el lugar y el momento. Pero las leyes científicas, las susceptibles de expresarse matemáticamente, son leyes eternas. ¿Se comprende ahora el gran alborozo que se apoderó de nuestro ilustre Ameghino cuando, en un rapto de genial entusiasmo, llegó a imaginarse que había descubierto leyes matemáticas en la paleontología?

V

He aquí algo sorprendente: a medida que nos sentimos más identificados con una realidad determinada nos es más imposible un conocimiento científico de la misma. Esa identificación nos impide el desdoblamiento intelectual que exige el proceso del conocimiento científico. El hombre-actor perjudica, en ese terreno, al hombre-observador. Para estudiar el espectáculo es preciso observarlo desde afuera, objetivamente. El mismo vulgo refleja su convicción profunda de la verdad anterior en la indulgencia que acuerda a los autores de crímenes pasionales. El vulgo sabe muy bien que «la pasión es ciega», que allí donde hay pasión no hay discernimiento.

Lo que no sabe el vulgo es que, de acuerdo con ese dato del simple buen sentido, puede establecerse perfectamente, entre las diversas ciencias, una gradación de comprensibilidad, de exactitud, de certeza, que irá aumentando desde aquellas en que la intervención humana sea más directa hasta aquellas en que lo sea menos. Habrá más ciencia cuanto menos papel desempeñe el hombre, lo humano, en la materia que trata de estudiarse. En un extremo pondremos la física-matemática; en otro la psicología y todas las ciencias afines — moral, historia, sociología, etc. — que no son ciencias en el estricto sentido de la palabra, porque en ellas no puede introducirse el número, y, por lo tanto, carecen de leyes exactas, y, por lo mismo, no rinden cuenta de los fenómenos, y, no habiendo previsión no hay conocimiento; se entiende, conocimiento científico. Son, repetimos, ciencias de calidades, que huyen del número. En su composición entra la apreciación particular mucho más que la ley general. Así la historia. ¿Cómo, en justicia, llamaremos ciencia a la historia, si toda la historia que sabemos no nos sirve para predecir el más ínfimo de los acontecimientos que van a ocurrir en el minuto inmediato?

Pasan los acontecimientos, los pueblos, las morales, las civilizaciones, todo lo que es patrimonio humano. Y, entre tanto, los astros continúan moviéndose «en razón directa de sus masas e inversa del cuadrado de sus distancias», con arreglo a la ley de Newton, previsor y eterna.

VI

Todo lo anterior — con ser tan poco — basta para explicarse los esfuerzos que sabios un poco cándidos han verificado, y verifican aún, para lograr hacer una ciencia de la psicología, es decir, ciencia de nuestro mismo espíritu. En gabinetes y laboratorios de magnífico instrumental se han practicado pacientes mediciones, minuciosísimas estadísticas, a veces penosos experimentos que disculpaba el culto de la ciencia. El intento de esos sabios era el de llegar a convertir nuestros fenómenos internos en coeficientes numerales; el de encerrar nuestra variadísima gama de emociones, ideas, afectos, etc., en rígidas nomenclaturas matemáticas. Tuvo el intento un fracaso estrepitoso y merecido. Aquellos sabios olvidaban que siendo el espíritu el instrumento con que hacemos la ciencia, no podemos, sin caer en terrible círculo vicioso, procurar hacer una ciencia del espíritu, como «no podemos modernos los dientes hasta que dejan de ser nuestros dientes».

Ignoraban, para terminar, aquellos sabios que el libro de toda ciencia humana debe forzosamente comenzar por una página en blanco, donde, si algo pudiera escribirse, sería esto: En un principio era el Espíritu.

BENJAMÍN TABORGA.

DIBUJO DE HOHMANN.





EN EL MUNDO
DEL ARTE

DIBUJO DE ASIRIO

Los Alacraes



CUENTOS
CISANDINOS.

POR

ALDINO
DARDO
LOPEZ.



DEBIDO DE
FORTVNY

EL SOLDADO DE FACUNDO.

I

Quién sabe a qué terrenales mundos fantásticos, extraordinarios, los impulsó el imperio de la soledad, incandescentes de grandeza, a los hombres que surgidos en tierras de Patagonia, les llamaron «los bandoleros del sud».

Un día de épica hicieron rumbo a San Luis. Es una cabalgata de 500, 600, o más leguas. Las mulas reventadas jalonan el rumbo. La soledad descubre de cuando en cuando la bruma aplastada de una población. Los ríos les cruzan tendones de agua que vadean a nado. Van a robar al Banco Nacional una partida que existe de medio millón de pesos. Con ellos corre una mujer, la capitana...

Los carrizales de la provincia puntana, extienden en las bajas planicies, manchas tupidas y cortantes. Más allá el yermo, la vega acolchada con dos cuartas de arena movediza. El caballo forastero, allí, se cansa a las veinte cuadradas. Compran, para jorrear, caballos criollos en la hacienda de Abdón García; matungos por los que les cobran precios desmedidos. Entran por la hoz del Moro, saquean el Banco, retornan... Boleando al paso, por desquite, la hacienda de Abdón García.

La policía y los vecinos del Moro organizan la persecución.

Están, al alcanzarles, en el fozancón de un valle, hundido a pico. Mudan de cabalgaduras. La fuerza se despliega arriba, como en el borde de un brocal, guarecidos por parapetos de piedra, que suponen almenas. Apuntan las armas, asomando las cabezas. El padre de Abdón García, viejo crudo que ha servido con Facundo Quiroga, se encarniza, con un mosquetón montonero. Un chorro de hombres baja por la garganta carrilera.

La capitana, de pie, a descubierto, monta la guardia. A cada detonación del arma suya, se hocica y trastabilla un caballo de los jinetes que bajan. De pronto fija su atención en aquella pelambre blanca que escupe tanto plomo inofensivo. Y hace fuego sin tomar puntos. Al viejo García le vuela el sombrero de la cabeza, como un pájaro loco, y él, aterrado, se tira atrás del pedrón.

— ¡T'oy muerto!

Montan. Y mientras se alejan, volviendo las caras, los caños de los fusiles dirigidos a las rodillas, tumban de hocicos los caballos de los jinetes que bajan. Ojos fijos, pulsos serenos. Parecen profesar la piedad o repudio de una poesía

o religión adversa a la cristiana: no matan gente. Y ganan, al galope, en una mancha cabrileante que se aureola de polvo humoso, el extremo opuesto del declive. Tras de la capitana. Desaparecen...

II

Comienzan a reunirse los dispersos de la expedición del Moro. Los bandoleros se han internado en el desierto... Concurren al único punto, que presienten funesto, donde cayera el padre de Abdón García. Llegan desmontados, con las albardas al hombro. En la garganta carrilera del valle, quedan diezmas de caballos, con una mano al aire.

De costillas, encogido, la faz sumida en los pedriscos, está el viejo, inerte. Arrojan la montura y se santiguan.

— ¡Nombre del Págre, de l'hijo, y del piritto santo! ¡Qué Dios lo perdone!

Y lo miran, en silencio. El respeto profundo que inspira la muerte les pone un signo de cera en las facciones. Se fijan con toda atención. Ellos han visto volarle el sombrero. Lo han visto caer de espaldas.

Es extraño que los cabellos albos no estén teñidos de sangre. Es extraño, sumamente, que toda la hemorragia se resuma en el cerebro... Por fin se atreven a revisarle la cabeza. Le abren con

lentitud y nimiedad, empezando a murmurar oraciones, los cabellos en rayas, minuciosamente. ¡Ni un rasguño!

— ¡Oh!...

— ¡Ta caball!

Y le registran el pecho, el vientre, con menos miramientos ya, hasta los tobillos. Uno le aproxima un espejito a las fosas respiratorias. El vidrio se empaña subitamente.

— ¡Pus, si'stá vivito y coliyando!

Un chileno, vecino del Moro desde hace muchos años, se indigna.

— ¡Alcese de hái, puj'hombre!

Dos puntanos enderezan en alto al viejo, que no se afianza en las piernas, apuntándolo de los sobacos. Y él abre los párpados, los mira en turbio, observándoles.

— ¿Qui no toy muerto?

— No. De'onde...

El chileno le increpa.

En las facciones, en todo el desgonce general que persiste, se le conoce, la incertidumbre mortal.

— Qui está, pa que vea, su cumpa Macario — dice uno.

— No; está que podía soceder, moy bien... que toitos juéramos dijuntos. Y nos hubiésemos rejuntao en las ánimas benditas, pa'el juicio...

Y don Macario, acercándose:

— Veia cumpa, tamo en los vivos, no más. Si me hubieran muerto, ¿pa'que lo ib'estar engañando?... Háí ta su cebruno viejo, almireló. Io no le mostro mi pango, pórque, pu'álla queda desocao el pobre puel vallao.

El viejo García ve su caballo, y empieza a afianzar las piernas.

— ¡La voy criendo... Pórque de los mancarrones... no sé hasta agora... qui tamién tengan diestrada al cielo altísimo... ¡Y ia creyí tamién!

Ha visto su mosquetón. Se suelta, vigoroso y firme. Empuña el arma. Se encasqueta el sombrero agujereado.

— ¡Y si no toy muerto, sigamo meneando chumbo, pos!

Se agacha sobre el brocal de piedras, y apunta al valle solitario, sobre los bultos de los caballos heridos. Todos lo tiran atrás, prendiéndose a las verijas.

— ¡Ah, ese soldao de Facundo! ¡Ese soldao de Facundo!

Y hasta el chileno, le titula cortésmente, con la mano apretándose el gorro peludo:

— ¡Cabaiero, don García!...



¿Y si ella estuviese de veras arrepentida? Los dos tenáis razón. Es triste. Sigue, hijo mío.

— Los celos fueron mi obsesión; las riñas eran frecuentes, cotidianas, y cada vez más penosas. Yo no podía pensar, no podía escribir... Nuestra economía se resintió a causa de mi inquietud... Los editores no compraban mis libros; los comediantes no estrenaban mis comedias... Yo seguía trabajando para ella; le leía mis versos; le predicaba como usted a mí, tantas veces, maestro, y ella... no me escuchaba. Anudaba la cinta de un traje; erguía la pluma de un sombrero; me respondía una frivolidad cualquiera mirándose al espejo. Nunca supo de memoria un verso mío; no los entendía siquiera...

— ¡Insensato, — exclamó el maestro, que ya no sonreía. — insensato! ¿Por qué te olvidaste de que tenías al lado a una mujer? Las mujeres pueden ser una obra de arte; pero no sienten jamás el arte. La mujer no tiene fantasía, ni sabe ensoñar. Su fantasía es la barata agilidad de un pícaro andaluz o napolitano que engaña al vulgo con sus embustes en un barracón de feria. Y yo no soy antifeminista, hijo mío. Creo que la mujer debe intervenir en la vida de la ciudad y en los negocios del estado, precisamente porque posee la astucia, el buen sentido, el espíritu de economía, la habilidad mañeruela de que carecen los hombres superiores. Una mujer puede ser político, juriconsulto, hasta guerrero... Nunca será Cristo ni siquiera Don Quijote. Nosotros, por ceguera de nuestra lujuria, nos hemos empeñado en considerarlas divinas, sin pensar que están fuertemente pegadas a la tierra y son barro de nuestra costilla. La mujer es bella; pero no siente la belleza; como el paisaje, indiferente, es incapaz de sentir el mismo la emoción que produce en el pintor. Una mujer, según su educación y su pudor, podrá exhibirse desnuda por agrado, por cautivar a un hombre, pero sin creer jamás que la pureza de líneas de su cuerpo es superior en belleza a los lazos y las cintas de su modista. La mujer ha inventado el sombrero, para darle alguna utilidad a su cabeza. Arquímedes no hubiera ideado jamás los corchetes para abrocharse un corpiño; pero una mujer no hubiera descubierto jamás el sistema de Copérnico. Una manzana sirvió a Newton para descubrir la ley de la caída de los cuerpos; una mujer, se la hubiera comido sin reflexionar. ¿Por qué le pediste a quien sólo podía ofrecerte el placer efímero de sus besos, aquello que ni siquiera los críticos de arte son capaces de dar?

— Los críticos de arte no me aman, y yo lo esperaba todo de la comprensión inconsciente del amor.

— ¡Insensato, pobre insensato! — volvió a decir el maestro. — La mujer es incapaz de comprender por sí misma. Ella es la malicia, contraria a la sabiduría; ella es la astucia, enemiga de la sinceridad; ella es la vanidad que vive de prestado, que se nutre de la opinión ajena, y nada sabe del orgullo, que es un sentimiento íntimo y personal, que nace del alma, que va de dentro a afuera, y vive de la aprobación de la propia conciencia. Dicen que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, y yo te juro que no hay pensador que valga para la mujer que comparte con él su mesa y su lecho si la opinión ajena y el éxito económico no dan una base al juicio que ella no sabe sustentar por sí sola. Si Sócrates, que nunca escribió, a quien nunca aplaudió la multitud ni enriqueció su filosofía, hubiese tenido una amada, ella no hubiera sido capaz de entregarle a la admiración de la posteridad, con la fe y el cariño de Platón. Desde los tiempos helénicos, la mujer ha preferido siempre los discóbolos a los sofistas. Pero advierto que te canso con mis disquisiciones; continúa, continúa, hijo mío...

— En nuestras breves horas de paz — dijo el discípulo — algunas noches yo la llevaba a los teatros. Nunca quería ver un drama serio, una tragedia. «Bastantes disgustos tenemos en la vida», solía decirme.

El maestro sonrió:

— Es un criterio estético muy femenino y muy burgués.

— Prefería las tonadilleras goyescas, tan en boga ahora.

— He ahí — interrumpió el maestro, llevando otra vez de vino el jarro talavereño — he ahí lo que han hecho de la memoria de Goya, las mujeres a quienes tanto amó. El



gran pintor convertido en Celestina... Bebe, bebe y prosigue, hijo mío.

— Ella no reparaba en las canciones; tan sólo en las blondas, en los tocados, en las joyas... Miraba las perlas, los brillantes, los encajes... Su pecho se levantaba ansioso; sus ojos se perdían en una lejanía soñada, con un deseo de codicia infinita... Siempre volvía triste del teatro. Anteanoche me dijo: «Yo hubiera podido ser tonadillera; tú sabes que tenía una bonita voz. Hace tres años querían llevarme a Nueva York, a cantar canciones españolas. Dejé escapar la ocasión. ¡El dinero que yo tendría ahora! No dijo más. Yo pasé toda la noche inquieto. Ayer, al volver a casa, por la tarde, no la encontré... Después... ¡La vi en la gran Avenida, en un coche magnífico, tirado por un tranco soberbio!... ¡Llevaba un brillante de gran precio, unos pendientes, un collar!... ¡Maestro, maestro mío!... — y rota la voz por el llanto, el discípulo se abrazó al viejo, hundió su cabeza en las barbas socráticas, cándidas y pobladas, que daban al rostro moreno una apostólica serenidad, y bañó con sus lágrimas la blusa de dril, holgada y larga, que por un milagro de gracia y de armonía, caía desde los hombros del maestro con la severa y clásica majestad de una túnica.

La tarde moría dulcemente entre un lejano

no desgranar de esquilas pastoriles y la voz de bronce del Campanil que lloraba el *Angelus* en la iglesia aldeana. Vagaba en el aire un suave olor campesino a tierra húmeda y a resinas quemadas, lleno de gracia bucólica y de paz. En la lejanía, una columna de humo de un oculto hogar, subía al cielo como una oración.

Maestro y discípulo deambulaban como dos peripatéticos, por entre los campos de mielga, cuyo verdor hacíase aterciopelado y obscuro en la media luz.

— ¡Por unos brillantes! — exclamó

lloroso el discípulo, reanudando su conversación.

— ¡Qué más da! — dijo el maestro. — Por algo había de ser. ¿Qué privilegios tiene el amor para ser eterno, si no es eterna la vida? Fueron unos brillantes, fué su codicia; como pudo haber sido la codicia de los suyos, la de su madre, de haberla tenido, que madre vieja, codiciosa, y torpe y fría, suele ser el gran inconveniente de las mujeres bonitas.

— ¡Cómo, maestro! ¿Una madre o un padre pueden inducir al pecado a sus hijos? — preguntó sorprendido el mozo.

— Inocente eres, en verdad — repuso el maestro. — El amor de los padres es el más desinteresado... cuando es desinteresado; pero no siempre lo es. Los padres de los hijos que ya pueden pecar, suelen ser viejos, y hay dos clases de vejez. Una, que es como la de un fruto que no hubiera olvidado sus tiempos de flor; una, que es la ancianidad gloriosa, rica de experiencia y desengaños, que todo lo perdona, porque todo lo comprende; que nada ambiciona porque nada espera, sólo la muerte como un premio de reposo a los trabajos de la vida; otra, sordida y mezquina, que odia a la juventud porque envidia su frescura, y teme a la muerte como al castigo de todos sus pecados. Esos viejos son egoístas, porque ya no tienen ningún entusiasmo, ni el recuerdo de las pasiones propias de los años lozanos; juzgan y obran según la sequedad de su propio corazón.

A esos viejos no les hables del amor paternal. ¿No echan sus hijos al torno muchas mujeres, para salvar eso que dicen su honor? Pues si son capaces de sacrificarles en vida, ¿por qué no han de sacrificarlos más tarde en su amor si se les antoja poco honorable, o lo que es peor, poco productivo?

— Ese no es mi caso, maestro.

— Ya lo sé. Tu caso es que ella no te amaba, porque no podía amarte a causa de que tú la amabas demasiado. Si, no me mires con esa extrañeza. ¿Cuántas veces te he dicho que en las uniones

amorosas hay uno que quiere y otro que se deja querer? Aquél es el que le pone todo, a veces hasta la belleza del ser amado, que no existe más que en el amor de su imaginación. Es el que llora y sufre; pero es también el que goza porque es suya tan sólo la pasión. El otro no sufre; pero no goza, se va aburriendo poco a poco. Ella no te amaba, no te amó nunca, tal vez está incapacitada para amar. Se aburría, se aburría, y cuando su aburrimiento se hizo insoportable, te dejó. Tú habrás sido también un devaneo, una ilusión, un deslumbramiento, como el tenor de ópera y el estúpido elegante. Mañana, también serán una ilusión más que pasó, los brillantes y el coche de hoy. ¡El tedio es la maldición que pesa sobre ciertas almas!

Callaron. La noche, una perfumada y serena noche de estío, había tendido sobre los campos la merced estrellada de su manto azul, y a lo lejos cantaba un ruiseñor.

— Maestro, — exclamó el discípulo en un arranque de doloroso renunciamento, — yo también odio al hombre, como usted; yo quiero quedarme aquí, con usted, en la paz aldeana, refugiado en la sabiduría de los libros...

El maestro lo atajó con el ademán amplio y severo:

— Yo no odio a mis semejantes, los desprecio cariñosamente; pero hay en mi desprecio toda la compasión que hace falta para no llegar al odio, y en mi piedad todo el desdén necesario para no dar paso al amor. Amo la soledad, y amo el campo, donde, por estar solo, no necesito decirle a nadie, como el Cínico a Alejandro, «que no me quite mi sol». Pero no amo los libros, porque su sabiduría me llenó de amargura. Ya ves, en mi «tonel de Diógenes» no hay más que tres

libros: *La Imitación*, que fortifica mi saludable renunciamento; *La Inmortalidad del Alma*, de Platón, que me prepara a recibir a la muerte como a una amiga, y unos versos de Rubén Darío, aquel loco artífice de su propia alma, a quien leo para no olvidar a nuestra señora La Belleza. ¡Aquel loco que supo decir con sorprendente adivinación teosófica:

«Peregriné mi corazón y traje
De la sagrada selva la armonía»

Pero no imites mi ejemplo, pues que eres joven y mis prácticas no convienen al imperativo de tu edad. *Qui n'a pas l'esprit de son âge, n'a pas d'esprit* ha dicho el maestro Anatole France, si mal no recuerdo. Y en el espíritu de tus años, hijo mío.

— ¡Me mataré, me mataré, maestro!

— Eso sería más lógico — repuso el viejo con la firmeza de un estoico. — ¿Pero es a tiempo? Tu desesperación es de hoy; tú ignoras el futuro... ¿Por qué te niegas a vivir lo que la vida te tiene reservado para mañana? Duermes, hijo mío, la borrachera de tu mal amor y despiertas mañana para volverte a emborrachar. Y así, borracho de amor y de dolor, espera a envejecer y entonces imita mi renunciamento. Pero sólo entonces, cuando los enemigos del alma no puedan nada contra la felicidad suprema de tu gloriosa ancianidad. Cuando el mundo ya nada pueda ofrecerte; cuando el demonio ya no quiera tentarte; cuando la carne no te hable porque su voz esté apagada para siempre. A mi edad, nadie se suicida por amor. ¿No te dice este hecho tan sencillo que el corazón no es el enemigo sino la espina dorsal? Vive, gasta tu sexo... Cuando tu sexo ya no exista... ¡empezarás a vivir la vida del espíritu!

Y no habló más.

Después de tantos años, sólo aquella noche, vió el maestro con pena el tren que se llevaba por los campos, hacia la ciudad abominable, el corazón destrozado de su discípulo. Lloró un momento; luego leyó aquellos versos de Rubén que empiezan: «Carne, celeste carne de la mujer, arcilla...» y al fin para olvidar de nuevo el barro humano que había venido a salpicarle en su soledad augusta, enderezó hacia los astros el tubo de su telescopio y hundió la mirada y el entendimiento en la maravillosa música del cielo.

FELIPE SASSONE.

Buenos Aires, agosto 22 de 1917.

DIBUJOS DE ALONSO.



HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES



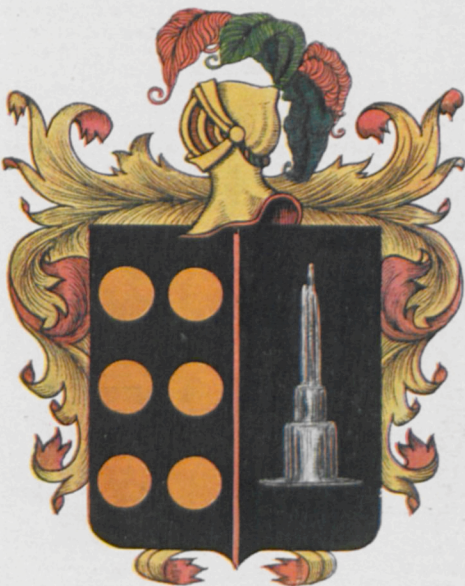
JUAN DE SALAZAR

que demás de lo susodicho, habiendo en la dicha provincia un tigre que hacía muy grande daño en toda la tierra, y había muerto muchos cristianos españoles, fuistes con algunos soldados a matar al dicho tigre, el cual salió á vos y peleastes con él y lo matastes, que fué causa que se excusasen muchos daños que el dicho tigre hacía; é que demás de lo susodicho, llevando ciertos indios guaraníes fasta ochenta caballos y yeguas de los cristianos españoles que en la dicha provincia había, y habiendo quemado los dicho indios el pueblo de Buenos Aires, salistes á los dichos indios á caballo y solo y peleastes con ellos y les quitastes la cabalgada que llevaban, y como todo ello dixistes constaba y parecía por una información de que ante Nos, en el nuestro Consejo de las Indias, hicistes presentación é nos suplicastes que en remuneración de los dichos vuestros servicios y porque de vos y dellos quedase perpetua memoria, vos mandásemos dar por armas demás de las que teneis de vuestro linage, un escudo que haya en él tres cuartos: en el uno dellos una torre de oro asentada sobre unas aguas de mar en campo colorado, y en el otro cuarto tres mogotes o rocas sobre unas aguas de mar; en la una dellas una bandera colorada en campo de oro, y en el otro cuarto de abajo un tigre puesto en salto, atravesado por el cuerpo una saeta en memoria del que vos así matastes, en campo de plata y por orla ocho aspas de oro en campo de azul y por timbre un yelmo cerrado y por divisa un brazo armado con una espada desnuda y dos alas de águila negra a vuelo, con sus trascoles y dependencias é follajes colorado y oro, etc. Dada en Guadalupe á 30 de Mayo de 1547. (1)

Yo el Príncipe. »

VERA Y ARAGON. Los de este apellido tienen su origen en la real casa aragonesa.

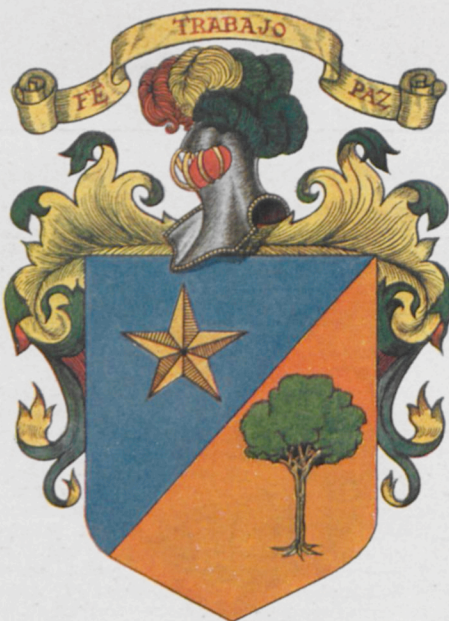
Don Alonso de Vera y Aragón, Capitán y Alcaide de la fortaleza de Estepa, casó en esta villa con doña Luisa de Torres, descendiente de la casa del Villar, y fueron sus hijos: I. Don Rodrigo de Vera, cuyo hijo, don Francisco, pasó a las Indias, muriendo en la conquista del Río de la Plata. II. Don Pedro Díaz de Torres, que peleó y murió en las guerras de Gonzalo Pizarro. III. Don Carlos de Vera y Aragón, padre de Alonso de Vera, General del Río de la Plata. IV. Don Francisco de Vera y Aragón, Caballero de Santiago desde 1572, del Consejo Supremo del rey y Embajador en Roma. Fué padrino de un hijo del Duque de Mantua en nombre de Felipe II. Murió en Venecia. V. Don Juan de Torres de Vera y Aragón, que pasó a las Indias para fundar la Audiencia de Chile, tomando después parte en los combates contra los araucanos como General del ejército. Siendo Oidor de la Audiencia de Charcas, casó con doña Juana de Zárate, hija y universal heredera de don Juan Ortiz de Zárate, Caballero de Santiago, Primer Adelantado del Río de la Plata, y de doña Leonor Yupanqui, princesa de los Incas.



ALURRALDE

ARMAS OTORGADAS POR EL EMPERADOR CARLOS V. SIENDO PRÍNCIPE HEREDERO DE CASTILLA, AL CAPITÁN JUAN DE SALAZAR, TESORERO DEL RÍO DE LA PLATA Y FUNDADOR DE LA ASUNCIÓN DEL PARAGUAY.

«Don Carlos, etc. Por cuanto por parte de vos, el Capitán Juan de Salazar, nuestro Tesorero de la provincia del Río de la Plata, nos ha sido fecha relación que podrá haber doce años poco más o menos que vos, con deseo de nos servir, pasastes con D. Pedro de Mendoza a la dicha provincia del Río de la Plata, é llevastes cargo de gente para el descubrimiento de aquella tierra, y que llegado á ella nos servistes en todo lo que se ofresció, y poblastes la ciudad de la Asunción, que fué causa para que todos los españoles que en la tierra estaban se reparasen, y que hecha la dicha población, trabajastes de traer de paz todos los indios de la comarca, y que hansí en esto como en hacer algunos descubrimientos por la tierra adentro, yendo por capitán de la gente que llevábades a vuestro cargo, y en otras cosas que se ofrescieron, nos servistes como bueno y leal vasallo nuestro; y



OLIDEN

Plata y Caballero de la misma Orden desde 1669.

Escudo compuesto de tres órdenes de veros negros en campo de plata. Bordura de gules con ocho aspas de oro y por divisa un águila de sable coronada, en cuyo pico tiene una cinta con el lema: *Veritas vincit*.

ALURRALDE. Casa solar en la villa de Andoain, donde nació don Juan Bautista de Alurralde, noble guipuzcoano que falleció en el sitio de Barcelona el año de 1697. Había casado con doña María Juana de Eguzquiza y dejó a don Antonio de Alurralde que pasó a Buenos Aires como Alférez de Arcabuceros, y después al reino de Chile. Asistió en las provincias del Chaco a los bárbaros combates de los indios, siendo ascendido por su valor a Capitán de Infantería española. Después figuró como Sargento Mayor con encomienda de indios, cargo que le fué concedido el 3 de junio de 1705 por don Gaspar de Varahona, Gobernador y Capitán General del Tucumán. Posteriormente obtuvo el empleo de Maestre de campo, Justicia mayor y Capitán a guerra de la ciudad de Córdoba. De su segundo matrimonio con doña María de Vera y Aragón, nació don Miguel de Alurralde, de quien desciende la familia argentina de este nombre.

Su escudo es dividido en pal; primero, en campo de sable seis bezantes de oro puestos de dos en dos; segundo, sobre el mismo color una fuente con surtidor de plata.

OLIDEN. Con casa solariega en San Sebastián, en una altura frente a la residencia real de Miramar.

En 1775 don Francisco Ignacio de Oliden, después de morir su esposa y renunciar a su mayorazgo, se estableció en Buenos Aires, donde contrajo segundas nupcias con doña Teresa Renier, y tuvieron por hijos a los doctores don Manuel, don Matías y don Vicente. El primero nació en esta ciudad, en 1784; se educó en Chuquiza, donde fué jefe de Milicias y Situarista de los bandales del Rey. Más tarde, en Buenos Aires, participó del movimiento de Mayo, asistiendo a las batallas de Tucumán y Salta. En 1809 y 1813 el conde de Huaqui le confiscó los bienes que poseía en Bolivia, y al iniciar más tarde gestiones ante el Congreso de dicha nación, le fueron reconocidos sus derechos entregándosele en pago dos mil quinientas leguas de territorio en el oriente boliviano; con ellas formó la provincia de Otuquillo, siendo nombrado su Gobernador y fundando como capital de dicho estado la ciudad de Oliden.

El año 1806 contrajo matrimonio en la villa imperial de Potosí, con doña Eustaquia de Amatller, hija del Gobernador y de la Marquesa de la Loma.

Su descendencia está en las familias de Zuberbühler, Machain, Iturburu, Peralta-Martínez, López de Osornio, del Castillo, etc.

El escudo es de azul y una estrella de oro, tajado de este metal y un olivo de sinople. Divisa: *Fe, Trabajo, Paz*.

MADARIAGA. De este apellido existen dos casas solariegas situadas en Anzuola y en Azcoitia.

Don Pedro de Madariaga y doña Ventura de Respaldiza tuvieron por hijos a don Joaquín y don José Luis; el primero se avencinó en Buenos Aires, donde casó en 1802 con doña Carlina Gutiérrez-Gálvez, portaña, hija de don Juan y de doña Andrea

Balbastro Dávila y Fernández de Agüero (L. 6 matr. f. 414 v. la Merced).

Procrearon a don Joaquín y a doña Andrea, esta última casada con don Joaquín de Achával y de ellos descendieron los Achával-Riglos, Achával-Lastra, Achával-Tarragona, Bunge-Achával, Cantillo-Achával, Achával-Vivanco de Alzaga, Acosta-Font, Font de Ezcurra, Barra-Achával y Maschwitz-Barra.

Don José Luis de Madariaga y Respaldiza casó en Corrientes con doña Angela de Acosta, hija de don José Luis de Acosta, Alcalde provincial de esta ciudad, y tuvieron por hijos a los generales Juan y Joaquín, y a doña Carmen, don Pedro y don José Luis, Gobernador de Corrientes.

El general Juan Madariaga casó con doña Carmen Pirán, hija del doctor don Antonio M.^a Pirán y de doña Ana de Riglos y Lezica. De ellos descendieron los Madariaga-Anchorena, Madariaga-Bernasconi y Madariaga-Peña.

Escudo de azul con cinco roeles jaquelados de oro y gules puestos en sotuer, y cuatro estrellas de oro de seis rayos interpuestas; bordadura de oro con una cadena azul de ocho eslabones.



MADARIAGA

JOSÉ M. PÉREZ-VALIENTE.

(1) El original de este curioso documento se conserva en el archivo de Indias de Sevilla.

DIAGNOSIS

Era de temer que nuestra Primavera se hubiera detenido indecisa, como acobardada ante la implacable persistencia de un cierzo que parecía querer penetrar en las fibras de nuestra carne, y llegarnos hasta el alma... Ateridas, envueltas en las rezagadas pieles, veíamos al pasar la maravillosa exposición de flores de los lujosos escaparates, y admirábamos esas rosas de ensueño, y también los hermosísimos claveles... en las esquinas, se nos ofrecían anémonas, fresias, y ramas de arbutos floridos, que azotadas por el cierzo implacable, parecían pedirnos el abrigo de nuestros tibios manguitos...

Sólo las flores, luciendo su arrogancia de soberanas en los costosos vasos de Delft o de Bohemia, enriquecida aún la propia suntuosidad por los cálidos colores de los brocados que completan hoy el *étalage* de las floristas de moda, o las que viven en los humildes tiestos de latón de las floristas ambulantes, pudieron asegurarnos que llegó la Primavera, o como dijo el poeta: «Surgió la Vida... pasó ligeramente: se desgarró su túnica, y nacieron las flores. Pasó riente: al sonido argentino de su risa, se movieron las aguas. Pasó amorosa, y temblaron las hojas en las ramas al sentir la caricia de su aliento. Sonreía y besaba, y a sus besos, el silencio en los nidos, se interrumpió con claras vocecillas... Rien las aguas, cantan los nidos, tiemblan las frondas, besan las brisas... Surgió la Vida. ¡Hossanna!» (1)

No nos acobarde, pues, alguna ráfaga de ese cierzo lúgubre y frío que pretende dominar nuestras ansias de luz y de calor, obligándonos a encerrarnos en nuestra habitación, cuando vivimos el mes de octubre y hemos de ir a ver florecer esas rosas de ensueño y cortarlas por nuestra propia mano, aspirando plenamente esa Primavera que ha de ser luminosa realidad para las que empiezan a vivirla; fantástico miraje tal vez, para las que luchan todavía... mágico augurio para los espíritus que han sabido comprender que esa perenne renovación es el símbolo de nuestra propia historia, a través del espacio y de los siglos...

Temo que me acusen ustedes, amigas lectoras, de perderme en demasiadas digresiones; pero, ¿quién resiste a la sugestión de la hora luminosa y tibia de mediodía, cuando se descansa en completa soledad a la orilla de un lago bordado por enarenado sendero que nos ofrece su complicidad silenciosa? Y aquí recordaré, para complacer a ustedes, un detalle muy prosaico; Palermo está desierto, por la decidida voluntad de los que aspiran a paralizar el gigantesco engranaje de nuestras actividades: no pudieron evitar, sin embargo, que florecieran los rosales, envolviendo capiteles y enredándose en las ramas de los árboles más frondosos del rosal; no podrán evitar que broten al lado del lago esas «hierbas locas de tallos como de cristal, cuyas hojas muy largas se curvan majestuosamente jugando a que son palmas...» el mismo poeta nos enseña que en aquella serenidad «toda meditación ennoblecce y los pensamientos nacen como columnas de humo, y se van aire arriba, camino de lo azul, y entonces, en las regiones inferiores del alma, como sobre la arena del sendero, se hace un noble silencio, profundo... el alma se olvida de sí misma, de las apasionadas revueltas del vivir, y libre se cierne, con las alas tendidas, dejándose mecer bajo el cielo, en la luz, en el aire, abiertos de par en par los ojos del espíritu... camino de lo azul!»

Pronto turba ese noble y profundo silencio el eco de recio galopar que anuncia la proximidad de numerosa cabalgata; el noble deporte mantiene



FEMININAS

aún todos sus prestigios entre un selectísimo núcleo de nuestra aristocracia. Veo cruzar la amplia avenida circular, llenando por un instante de vida y movimiento el luminoso cuadro un grupo de elegantes amazonas; el gracioso tricornio a la francesa, o el severo sombrero inglés, aprisionan sombrías o doradas cabelleras; la sobriedad del traje, los oscuros colores elegidos, no logran disimular la gracia juvenil que nos revela que es la Primavera que pasa... Reconozco a Josefina Errázuriz Alvear, a Celia Sommer, a las señoritas de Santamarina; pasaron riendo, y al sonido argentino de su risa, se movieron las dormidas aguas del lago, y despertaron los cisnes, irguiendo curiosamente sus aristocráticos cuellos...

Y es que a la orilla del lago se oyen también risas cristalinhas: rueda por el césped una diminuta personita que no quiere dejarse retratar al lado de su compañero, más diminuto aún que ella, pero más dócil; es un curioso Lulú de Pomerania que considera aterrado al enorme Collye que se acerca acompañando gravemente a una delicada y frágil silueta vestida de gris; son sus ojos del mismo color de las aguas del lago, y tan dorados sus cabellos, como los de la legendaria Loreley... Pero a ella la domina el sereno encanto del paisaje: no ha interrumpido su ensueño el recio galopar de la alegre cabalgata, ni el eco vibrante de las risas que pasaron... contempla las dormidas aguas del lago, y no sé si es ilusión, fantasía, o el anhelo que tendría de oír la susurrar en ese instante las estrofas que nadie habría de decir como ella:

«Tout a coup, des accents, inconnus a la terre
Du rivage charmé frappèrent les échos:
Le flot fut attentif, et la voix qui m'est chère
Laissa tomber ces mots:

O temps, suspends ton vol! et vous, heures propices
Suspendez votre cours!
Laissez-nous savourer les rapides délices
Des plus beaux de nos jours!» (1)

¿Fueron dichas por ella, o las murmuró la Primavera, entre los arbustos floridos, y las hierbas locas de la orilla? «Laissez-nous savourer les rapides délices des plus beaux de nos jours...» parecen decir también dos juveniles figuras que se acercan, y cruzan la avenida circular para internarse luego en la parte más agreste del paseo: pronto ha de ocultarles el frondoso, flexible ramaje de los sauces; y me apresuro a detallar la armonía de su porte, la gracia del andar, pese a sus tacones, exageradamente altos: el sobrio y ceñido *tailleur* gris de la más pequeña, revela toda la gracia de su menuda silueta.

El sombrerillo negro, levemente levantado, deja admirar unos ojazos negros intensamente luminosos... La más alta de las dos se vuelve sonriendo, pero se pierde ya entre la fronda de los sauces...

Formando interesantísimo contraste a tanta claridad, se aproxima charlando y riendo por el sendero un grupo de jovencitas cuyos sombríos trajes de luto apenas aclarados por sus cuellos blancos, les presta analogía con una bandada de bulliciosas golondrinas. Van y vienen, burlándose tal vez, de la persistencia con que las persigue un auto, guiado por el representante de uno de nuestros más tradicionales apellidos... Se destaca en el grupo la delicada belleza de Mercedes Ocampo Paz, rodeada por las interesantes figuras de las señoritas de Ocampo Vedoya, y de Gainza Paz. ¿Acaso irán ellas también, como las peregrinas viajeras de negro ropaje, con las alas tendidas, dejándose mecer bajo el cielo, en la luz, en el aire, abiertos de par en par los ojos del espíritu... camino de lo azul...?

LA DAMA DUENDE.

(1) Lamartine: "Le Lac".

(1) G. Martínez Sierra: "Diálogos Fantásticos".





EN EL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES

«COMO LA NIEVE...»

No sabemos que intención sutil llevaba Carlos Gutiérrez Larreta al escribir el pequeño poema que tituló: «Como la nieve...», lo cierto es que al realizarlo en escena, en rimas blancas, fué tejiendo la trama inconsútil, dulcemente triste, que debía comentar como un acorde la vida casi soñada de la princesita Gabriela.

Algo nos sorprendió el poema; habituadas a la vida escénica febril del drama moderno, al dinamismo agitado de la pantalla cinematográfica, ya pensábamos que el amor no podría traducirse sino en gestos bruscos y guerreros, puesto que la expresión de la virilidad reside hoy en arte, en la fuerza del puño. Teníamos en la retina las aventuras amorosas, de circo, de los *cow-boys*, y en el recuerdo al joven aristócrata que busca su ideal de vida en las casas de juego del *Far-West*. Algo, pues, debía sorprendernos «Como la nieve...», historia triste, sencilla y casta.

El símbolo del poema es simple: «cómo es la vida, cómo es la pena, cómo es el lento morir de todo, cómo es el paso de una quimera».

Al iniciarse la acción, Gabriela recuerda con Lía sus primeros años y comenta el abandono que ha hecho de su última muñeca; el amor ha convertido en mujer a la princesita, se ha enamorado de Carlos, y Carlos no la quiere a pesar de ser poeta y de ser Gabriela princesita. Carlos, un día, fatalmente enamorado de Sylvia, se va para no volver y la princesita se refugia en el cariño de Lía por retornar a su infancia en busca de olvido; pero Gabriela no volverá ya jamás a ser la criatura despreocupada; por su vida ha pasado el primer amor; y como las princesitas como Gabriela no pueden querer más que una vez sola, suponemos, al caer el telón, que la princesita se ha de ir también lejos, muy lejos, blanca y pura como la nieve...

SEÑORITAS SARA CRUZ VIVOT, SARA ZEMBORAIN, SEÑOR ALBERTO GUTIÉRREZ CASTRO, SEÑORITAS ADELIA DÍAZ VIEYRA Y RAQUEL CÁRDENAS.



SEÑORITA CELIA SOMMER, PROTAGONISTA DE LA OBRA «COMO LA NIEVE».

Y dice el epílogo del poema: «Y esta es la historia sencilla y blanca que hace ya tiempo rimó un poeta que sospechaba que no han conluido las princesitas como Gabriela, que sin los gestos despampanantes de las princesas de otras comedias, pueden un día morir calladas sin hacer tesis con sus tristezas.»

Y ha tenido suerte el señor Gutiérrez Larreta. Sus intérpretes no pudieron, diré más, no debieron ser mejores.

Celita Sommer realizó el rol de Gabriela con una aristocracia suavemente triste, con un timbre de voz lejano, saturado de nostalgia, y con una figura que tradujo en el acorde de su plástica toda la dulzura poética que la princesita requería; Pichona Cárdenas dió a la duquesita Sylvia, inteligentemente, una fuerza incisiva femenina e implacable; Sarah Cruz Vivot fué la cariñosa y delicada compañera de Gabriela; Adelia Díaz Vieyra, encantadora, llena de malicia ingenua, y Sarah Zemborain tuvo toda la majestad necesaria que a su rol de mamá convenía. Todas ellas, artística y lujosamente vestidas con trajes de la época romántica.

De los señores Schlieper, Lévingston y Gutiérrez Castro, diremos para su elogio que eran los compañeros de escena requeridos.

No sabemos, repetimos, qué intención llevaba el autor de «Como la nieve...» al escribir su pequeño poema, sólo sabemos que al salir del Consejo Nacional de Mujeres, donde la representación tuvo lugar, tuvimos una vaga nostalgia de cuentos azules, un deseo insospechado de retornar a la vida blanca del corazón; y pensamos, por consolarnos, que acaso tenga razón el poeta y no hayan conluido las princesitas que pueden morir en silencio sin hacer tesis y largas disertaciones con sus sentires íntimos.

Y así, con la suave insinuación de la historia blanca que acababa de esfumarse, nos sentimos saturadas de una bondad irremediable...

LA NIÑA BOBA.



SEÑORITAS SARAH ZEMBORAIN, ADELIA DÍAZ VIEYRA Y RAQUEL CÁRDENAS, QUE TOMARON PARTE EN LA COMEDIA.

UN NOVELISTA ARGENTINO

Producto del adelanto de nuestro país es la formación del escritor, del escritor profesional. Las tareas intelectuales van constituyendo un *medio* de lucha por la existencia y un *fin*, un propósito de vida. Esta atmósfera cada día menos hostil a las altas especulaciones origina, a su vez, la lógica especialización de los que consagran sus energías mejores a estas faenas, a menudo ingratas, pero siempre atrayentes.

Hoy en nuestro país, las disciplinas históricas, por ejemplo, muestran un núcleo de estudiosos dedicados a la investigación y al trabajo de aquilatar el exacto valor de las crónicas corrientes. Se están así acumulando preciosos materiales que permitirán reconstruir, con método científico, las épocas clásicas de nuestro pasado, de esa continua adaptación del hombre al territorio en que habita, de esa su constante actividad técnica para modificar, dentro de lo posible, el escenario físico en que actúa.

Otro tanto acontece en los géneros literarios — la lírica, la dramática, etc. — donde priva la imaginación como facultad constructiva. Se opera allí también la lenta especialización de los escritores, una especie de encasillado a que somete, por fuerza, la extensión enorme del saber. Esto se advierte — ciñéndonos a las márgenes de los indicados géneros — en las producciones novelescas, producciones en las que lo externo se refleja y se tamiza a través del lente cerebral de cada autor.

Caso típico del novelista, por temperamento y por estudio, es entre nosotros Manuel Gálvez.

Novelista en el amplio significado del término, ya que sus obras nos presentan siempre una palpante parcela de nuestro ambiente social. El se ha mezclado en el trajín diario, a diferencia de otros literatos que quieren ver la despiadada lucha cotidiana desde la mullida butaca del club o contemplándola tras los cristales de su abrigado gabinete de trabajo. Bien sabemos todos que para narrar con segura justedad las crueles ironías de la vida o para describir con recios trazos el eterno lamento humano, es preciso sentir las punzantes heridas de la realidad y oír de cerca los gritos desgarradores y los alaridos de angustia.

Mezclado en el trajín diario, en este bullicio febricitante de las ciudades comerciales argentinas y en esa paz colonial de las poblaciones del interior, Gálvez ha percibido, claros y distintos, los interrogantes formidables que forja minuto por minuto nuestro ininterrumpido progreso. La zozobra, la duda del siglo se infiltran en sus obras, y así de ellas brota, inquieta, la demanda filosófica de estos momentos: ¿es posible llegar a la concepción de una moral laica?...

Pero no es sólo su fondo ideológico. También la forma idiomática corresponde, por lo común, a las variadas exigencias de los diferentes asuntos. Ciertamente que muchos defectos lexicológicos y sintácticos ensombrecen su prosa — desaliñada, a veces, — pero conviene hacer resaltar su paulatino perfeccionamiento: la última novela aparecida evidencia mayor esmero en el cuidado del estilo. Al afirmar que la forma idiomática es, cuando menos, discreta, queremos dar a entender que Gálvez no echa mano de vocablos en desuso aquí, ni tortura los párrafos con giros y expresiones de otros países y de otras épocas. Así sus libros — por su fondo y por su forma — constituyen trozos vivientes de nuestros colectivos afanes.



MANUEL GALVEZ

Luego de ensayarse en el verso y de publicar varios libros de desigual contenido, da a las prensas en 1914 «La maestra normal». Con pinceladas harto sombrías y dibujando personajes en extremo caricaturescos, nos presenta en La Rioja la «vida de provincia». Novela realista, de índole afectiva, peca, en ocasiones, de exceso de naturalismo, lo que le conduce a injustificables cru-



POR JOSE MARIA MONNER SANS

dezas de lenguaje. Apuntes dispersos y sensaciones aisladas componen su primera novela, separándose de ese sistema del relato minucioso en que se cuenta sin perder detalle cuanto ocurre a los protagonistas; de ese modo, Gálvez no es esclavo de la acción: sólo entresaca de la trama las situaciones y escenas que, en conjunto, han de construir el marco dentro de cuyos límites se mueve Raselda, la maestra normal.

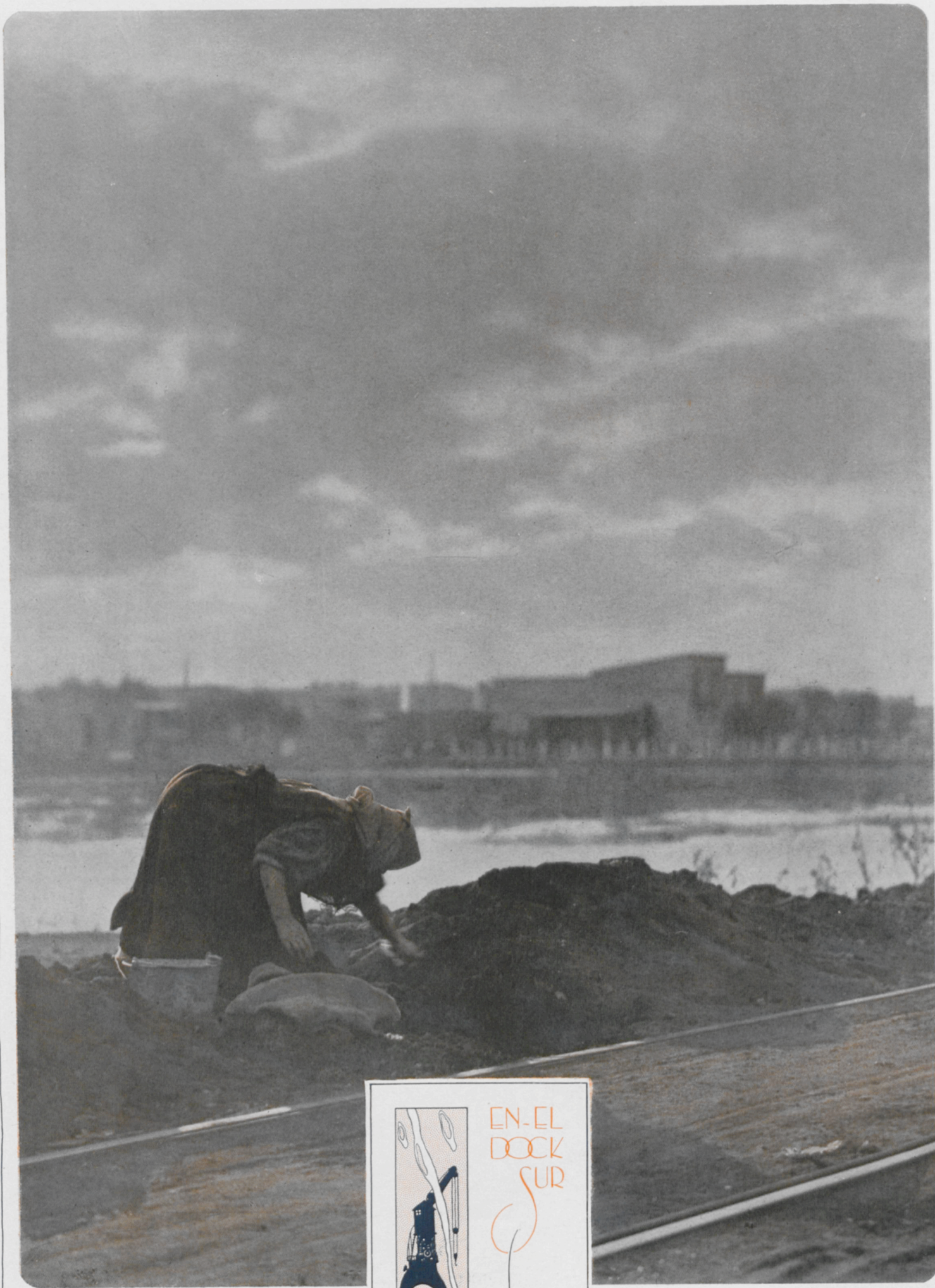
Este volumen encendió ardorosas polémicas, pues a pesar de la declaración contraria del autor, no cabe duda que lleva en él un rudo y, a nuestro parecer, merecido ataque al presuntuoso normalismo que soportamos en la República.

Algún tiempo después apareció «El mal metafísico», reproducción — fotográfica en ciertos pasajes — de la «vida romántica» porteña. La enfermedad de soñar, de crear belleza, esa inconsciente bohemia de algunos cenáculos literarios, es el tema central del libro. Ello le da ocasión al desfile de numerosos tipos característicos de nuestros círculos intelectuales, lo que acuerda a la obra — y ese es un mal — el distintivo de «novela de clave». En el protagonista, Carlos Rigga, concreta el autor la imagen de contemplativo incurable, del espíritu sensible que fracasa en un medio huraño y hosco. Es el perpetuo inadapitado, el abúlico congénito que, poco a poco, cae en el vicio y en la degeneración.

Acaba de imprimirse ahora «La sombra del convento». En ella pinta otro aspecto del carácter argentino, *el sentimiento religioso*, radiando en Córdoba — acierto feliz — la acción de la novela. La sociedad fanática ha sido transportada a sus páginas, donde no queda muy bien parado tampoco el liberalismo sectario de tierra adentro. Como decíamos, el estilo es superior en esta obra, y no hay en su desarrollo vestigios del naturalismo fuera de tono que distinguía algunos fragmentos de sus dos volúmenes anteriores.

En las producciones de Manuel Gálvez, la acción, lenta en un principio, va tornándose insensiblemente más rápida, a medida que avanza el proceso novelesco. Conocedor de la técnica del género, sabe proporcionar adecuadamente los «capítulos» y las «partes» de sus libros. Su mayor mérito, en nuestra opinión, reside en el profundo estudio que hace de sus personajes y en el procedimiento sobrio que usa para delinear sus contornos psíquicos. Abundan en estas obras los cuadros llenos de color y de luz, especialmente en «El mal metafísico». La descripción y la narración se intercalan con encomiable tino, debiendo sólo anotar lo abundantes que son las descripciones en «La sombra del convento». Quizás una mayor medida lograría prestar más vigor al relato, sin menoscabar las bellezas del argumento y de sus episodios secundarios.

Preparémonos a saborear de aquí algunos meses las nuevas novelas que Gálvez, laborioso y metódico, anuncia en el libro recién editado, y contemplemos con respeto la labor de los que, a conciencia, aspiran a condensar en sus escritos los rasgos peculiares de nuestra idiosincrasia nacional.



EN-EL
DOCK
SUR

Las
rebuñicas
del carbón.

La Cubana

■ CIGARRILLOS DE 40 CTS ■



La supremacía, en todos sentidos, de los cigarrillos La Cubana es indiscutible por lo probada. Su calidad los acredita de únicos; su tamaño los hace notables y su presentación inconfundibles.

LOS HALCONEROS



El aristocrático deporte de la cetrería, o arte de criar halcones y otras aves de presa para dedicarlas a la caza, tuvo su apogeo en tiempos ya pasados.

Francisco I — espléndido ejemplar de garza real a quien el terrible halcón, que se llamó Carlos I, cazara y encerrara — hizo enormes gastos en la materia. Su gran halconero gana-

ba 4.000 florines anuales, o sean cerca de 4.000 pesos, cantidad fabulosa si se tiene en cuenta la escala de sueldos de aquella época. El halconero mayor tenía bajo sus órdenes 50 gentiles hombres que cuidaban 300 halcones. El barón de la Chastaignerai, halconero mayor de Luis XIII, disponía de 100 hombres y 140 halcones.

En la actualidad, algunos aristócratas cultivan aún ese arte cruel y delicado, conservándolo como vestigio de tiempos románticos. La tradición del arte de la cetrería ha sido cuidadosamente conservada en Holanda y Escocia.

Entre los pueblos latinos, el halconero es un personaje de leyenda romántica. El último halconero mayor de los reyes franceses figuró en la procesión solemne realizada al abrirse los Estados generales. Iba siguiendo, halcón en puño, al infeliz Luis XVI. La revolución terminó con el monarca y con los halcones.

Por ahora, pues, la aristocrática ave de rapina pertenece a los pueblos del norte europeo y a algunos señores asiáticos.

Hay muchas especies de halconero peregrino, ártico, enano, chiquero, lanero, de Feldegg, sacre, gerijalte, neblí, etc.; por la clase de cacería a que se le dedicaba distinguían los aficionados varias especies: alcaravanero, dedi-



cado a cazar alcaravanas; garcero, o matador de garzas; halcón grullero, palumbario, enemigo de las palomas y otras muchas especialidades en el arte de perseguir al débil por cuenta de los señores ociosos.

Entre las vanidades humanas, la orden del halcón o de la vigilancia figura en lugar prominente.

MAPLE & C^{LA}

MUEBLES Y
DECORACIONES
EN TODOS
ESTILOS.



MUEBLES
ANTIGUOS
Y
REPRODUCCIONES.

REPRODUCCIÓN DE SOFÁ ANTIGUO, EN NOGAL INGLÉS, EN EXPOSICIÓN EN

LAS GALERIAS
658, SUIPACHA, 658



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

SUPLEMENTO DE
«CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 ").....	6.— "
Año (12 ").....	11.— "
Número suelto.....	1.— "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	0.50
Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.	





IPERBIOTINA MALESCI

Para la mujer de sociedad que consume excesivas energías vitales en atender a las obligaciones que su posición le impone, no hay nada que pueda sustituir a este admirable preparado, cuya principal misión consiste en conservar el sistema nervioso libre de alteraciones y desequilibrios.

Nada agota tanta juventud y belleza como la vida de salón, y es por eso que se impone sustituir artificialmente el vigor y la salud que con exceso se consume.

Cada cucharada de este gran tónico nervino, equivale a un día de campo.

Preparación patentada del Establecimiento Químico doctor
Malesci - Firenze (Italia)

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871. — Buenos Aires

EXPOSICION DE AVICULTURA BELGRANO, 499 ESQUINA BOLIVAR

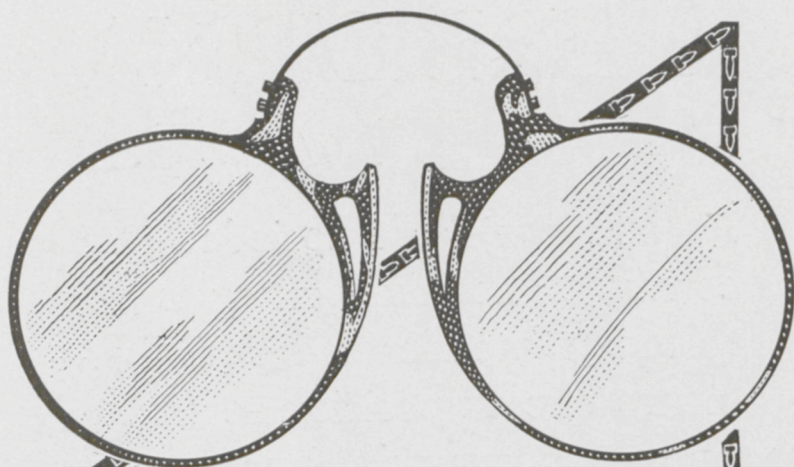


LA GALLINA ELECTRICA

Empolle los huevos de sus aves con electricidad; en cualquier parte donde hay corriente eléctrica se puede usar nuestra Incubadora «Standard». Centenares funcionan ya en los pueblos suburbanos, revolucionando la avicultura. La incubadora eléctrica «Standard», resulta más económica que las de kerosene, es menor el trabajo en su manejo y más simple, obteniéndose más pollos y más vigorosos. Nosotros producimos término medio 500 pollos diarios, por medio de la electricidad, pero necesitamos millones de aves y huevos para la exportación. Por más datos, pida prospectos o visite la



Exposición de Avicultura "EXCELSIOR", Belgrano, 499 esquina Bolívar



Verdadera elegancia y confort positivo en los lentes y anteojos de nuestra última creación.

Lutz, Ferrando y Cía.

Primer Instituto Optico-Oculistico.
LUTZ y SCHULZ

Florida, 240 Buenos Aires

AL CELESTE IMPERIO

WONG, LEE y Cía.



LA CASA HA RECIBIDO RECIENTEMENTE UN GRAN SURTIDO EN OBJETOS ANTIGUOS DE PORCELANA, BRONCE, MARFIL, MUEBLES DE ÉBANO Y TELAS BORDADAS, QUE PROCEDEN DE LA CHINA Y SE EXHIBEN EN NUESTRA EXPOSICIÓN.

司公利宏

C. PELLEGRINI, 500 esq. LAVALLE - Buenos Aires

CASA ANEXO: LAVALLE, 1023

Construcciones especiales para la campaña

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"

La solidez de nuestras construcciones, su poco costo y buena estética, confort e higiene y el poco flete y rapidez que se emplea para construirse, hacen nuestro SISTEMA "CHACON" (Pat. 11890) merecedor de ser el más usado en la República y es recomendado por nuestra clientela como el más conveniente para la campaña.

Uno de los muchos certificados que poseemos.

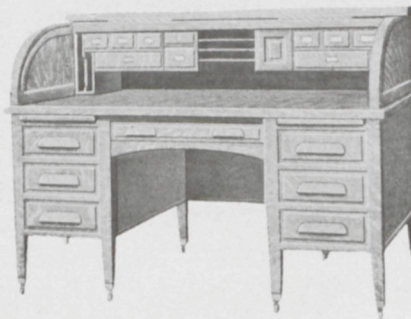
Por la presente me es satisfactorio hacer constar, que el edificio de mi propiedad, construido en mi campo "La Rosario", por los señores R. Chacón Hnos., reúne todas las condiciones de estética, solidez y confort deseado por mí, y que autorizo a los referidos señores de la presente, la publicidad que deseen, pudiendo en cualquier momento certificar a su pedido cuanto afirmo.

Mercedes, "La Rosario", Marzo 2 de 1916.
Nicolás Echezarreta, hijo.



Esta construcción ha sido efectuada en Mendoza. F. C. P., al Sr. Capitán Gualberto Morón, y ha soportado los últimos temblores, sin sufrir lo más leve.

Para informes, presupuestos, planos y catálogos, GRATIS, dirijan su correspondencia a **R. CHACON Hermanos**. Alsina, 1537 - U. T., 5448, Libertad.



Muebles

norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

-PLUS ULTRA-



JUGO DE UVA

Armour

El refresco ideal

COMO AGENTE CURATIVO.
COMO ELEMENTO SANO.
COMO BEBIDA DIGESTIVA.

El **Jugo de Uva ARMOUR** se obtiene de una clase especial de uva, cultivada científicamente para este objeto, sin perder sus excelentes condiciones saludables y curativas.

NO CONTIENE ALCOHOL

Los niños pueden tomarlo en cualquier cantidad sin temor a desarreglos.

Mezclándolo con agua ó con soda substituye al vino en las comidas, con gran beneficio para la salud.

EN TODOS LOS BUENOS BARS, CONFITERIAS, RESTAURANTS, ALMACENES Y FARMACIAS.

PIDA SIEMPRE ARMOUR

FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA, S. A.

ADMINISTRACIÓN: RECONQUISTA, 314, U. T., 5215 AL 23 (A.) - LOCAL DE VENTAS: MORENO, 1374-6, U. T., 6442 (L.)
Buenos Aires

Sucursal: VALPARAISO (Chile)



COMPANHIA ARMOUR DO BRAZIL, S. A.
Sant'Anna do Livramento - Rio Janeiro - Sao Paulo (Brazil)

ARMOUR y Cia. del URUGUAY, Scc. Anón.
Cerrito, 311 - Montevideo (Uruguay)



PHILIPS
ARGA

LA MEJOR LÁMPARA
SE VENDE EN TODAS PARTES

FABRICANTES:
PHILIPS LIMITED, EINDHOVEN (Holanda)

ÚNICOS AGENTES:
BOSCO, VILA & MARZONI - BUENOS AIRES

Plus Ultra



Industriell



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2